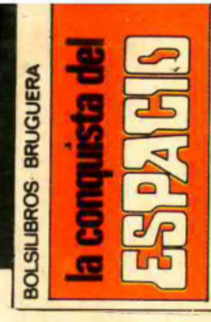


CONQUISTADOR DE MUNDOS

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



CLARK CARRADOS

CONQUISTADOR

DE MUNDOS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 448
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 2.227 – 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: MARZO, 1979

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1974

CAPITULO PRIMERO

Cuando Grant York era pequeño, una vecina suya, algo, pero no mucho, amiga de su madre, le pronosticó que un día conquistaría mil mundos. No le dijo, en singular: «Conquistarás el mundo», sino que pronunció exactamente la frase antedicha. De la tal vecina se decía que era un tanto aficionada a la cartomancía y al uso de la bola de cristal, pero en aquella época, York era demasiado pequeño para comprender el significado de la profecía. Sin embargo, el vaticinio fue algo que se quedó profundamente fijado en su mente, aunque no lo recordaba a cada momento, como es de suponer.

A medida que pasaban los años, y York iba creciendo, la profecía de la vidente iba escondiéndose más y más en lo profundo de su mente. Era como si la frase hubiese empezado siendo un globo de tamaño de un balón de fútbol, y se hubiese reducido luego al tamaño de un granito de arena. No resultaba visible, pero no había llegado a desaparecer por completo. Y aquel granito de arena se había sumergido en el subconsciente de York, hundido hasta el fondo, pero dispuesto a reaparecer en el instante en que un estímulo externo lo hiciese volver a la superficie.

Cuando la vidente hizo su profecía, York tenía siete años recién cumplidos. Veintiocho más tarde, se encontró de forma inesperada, con una anciana dama, que respondía al nombre de Aghoura D'Akba.

* * *

El encuentro, York lo supo más tarde, no fue del todo casual. Aghoura D'Akba viajaba en su aeromóvil privado, conducido por un piloto de rostro pálido, y tan corto de luces, que no se dio cuenta de que pretendían atacarles hasta que fue demasiado tarde. Estaba en pie junto al vehículo, manteniendo la portezuela abierta, para que se apease su única pasajera, y entonces notó que alguien llamaba su atención por medio de un siseo. Se volvió, justo a tiempo para que la porra le golpease entre los ojos, dejándolo sin sentido instantáneamente.

La dama acababa de poner el pie en el suelo y vio algo que se aproximaba de un modo fulgurante a su garganta. Instantáneamente, se quedó quieta. El puñal apuntaba de forma directa a su yugular.

Aghoura D'Akba no pestañeó siquiera, a pesar de que sabía que el puñal podía degollarla en un santiamén. Tampoco mostró señales de asombro, al ver que el arma se mantenía sola en el aire. En realidad, tanto como la porra, era un arma teledirigida, cuyo propietario se hallaba convenientemente escondido en las inmediaciones.

Entonces oyó una voz:

— Cuelgue su bolso de la empuñadura, si quiere seguir viviendo. ¡Ahora, rápido!

Dio la casualidad de que Grant York estaba a muy corta distancia, no más de quince metros, junto a la ventana de su casa, sirviéndose un trago. Era verano, hacía calor y la ventana estaba abierta. Aunque el lugar se hallaba casi a oscuras, debido a que York vivía en una zona muy apartada del centro de la población, pudo, sin embargo, apreciar de modo perfecto la situación en que se encontraba la anciana.

Ella vaciló. El oculto ladrón repitió la intimación:

— ¡Vamos, el bolso! ¡No se lo pediré por segunda vez!

Entonces, York agarró la botella que tenía en la mano derecha y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el lugar de donde procedía la voz.

Se oyó un estallido de vidrios rotos. El puñal cayó al suelo, falto de la sustentación, que le proporcionaba el mecanismo de control remoto. Ágilmente, York saltó por encima del antepecho de la ventana, atravesó el trozo ajardinado, y se inclinó sobre el ladrón, tendido al pie de un seto, que le había servido para mantenerse oculto hasta aquel instante. Se apoderó del mecanismo de control remoto, y caminó hacia el borde del camino.

— ¿Se encuentra bien, señora? — preguntó, cortés. Aghoura le miró fijamente.

— No me han engañado con respecto a usted, señor York — manifestó.

La sorpresa se pintó instantáneamente en el rostro masculino.

— ¿Me conoce?

- Puesto que ha salido de esa casa, cuya dirección tengo en el bolso que quería arrebatarme ese bastardo, no puede ser usted otro que el que he venido a buscar — respondió Aghoura. Y, con voz firme, añadió—: Deseo hablar con usted, Grant York.

- Muy bien, señora, pero antes, permítame... Supongo que es su piloto — dijo él, a la vez que se inclinaba sobre el hombre caído junto al aeromóvil.

- Cierto, pero no merece que se preocupe por ese estúpido. Tiene la

cabeza demasiado dura; ya despertará, no se preocupe.

York sonrió mientras ponía una mano en la carótida del piloto. Apreció la normalidad del pulso y se enderezó.

— Voy a ocuparme del ladrón — anunció.

El sujeto continuaba en el mismo sitio. York le registró cuidadosamente, quedándose con todos sus objetos personales, incluido el reloj. Lo único que le dejó fue la ropa, pero no hizo el menor gesto por despertarle. Cuando recobrase el conocimiento, el ladrón se marcharía, sin decir palabra.

Momentos después, York y la anciana se hallaban confortablemente instalados en una sala. Ella se había presentado ya, y saboreaba la taza de té que le había servido su anfitrión. York permanecía en pie frente a su visitante, una mujer de aire distinguido y edad in**— 7**

Momentos después York y la anciana se hallaban confortablemente instalados en una sala. Ella se había presentado ya, y saboreaba la taza de té que le había servido su anfitrión. York permanecía en pie frene a su visitante, una mujer de aire distinguido y edad indefinida, aunque, evidentemente, parecía ser muy vieja, a juzgar por su rostro y la blandura total de sus cabellos. La ropa que vestía era deliciosamente anticuada: parecía sacada de una revista de modas de finales del siglo XIX: vestido negro, largo, con cuello y puños blancos, y un valioso camafeo pendiente de su cuello.

Por su parte, Aghoura contemplaba al dueño de la casa: un hombretón de metro noventa, hombros anchísimos y revuelta cabellera oscura, en la que destacaban los ojos como carbones y unos salientes pómulos, que le daban un cierto aire oriental, lo cual aumentaba todavía su atractivo personal. En aquellos instantes, York, perplejo, pero todavía cortésmente silencioso, se preguntaba por los motivos que había tenido la anciana para ir a visitarle a las ocho de la tarde.

Al fin, Aghoura dejó a un lado su taza de té.

— Señor York, deseo que vaya a Míkomir y rescate los títulos de propiedad de los Arrecifes de Hkanndo'n, que me pertenecen y que me han sido robados. Por el trabajo, siempre que se realice con éxito, le pagaré cinco millones de marcos galácticos. Ahora, para gastos, le daré un cuarto de millón, del que no le pediré cuentas en absoluto. Pero tiene que hacerlo antes del dieciocho de octubre de dos mil trescientos once o todo su trabajo no habrá servido para nada, y yo me quedaré sin Hkanndo'n.

Aghoura soltó su parrafada de un tirón, sin tomar aliento. Luego sobrevino

una pausa.

* * *

Pasaron algunos segundos antes de que York rompiese el silencio.

— Señora — dijo —, he oído hablar de la Federación de Mundos de Mikomir. Si no me equivoco, en esa fecha, tomará posesión de su cargo de presidente el elegido por todos los jefes de mundos pertenecientes a la federación.

— Así es —contestó la anciana, sin pestañear—. Sithanur Glatus es el presidente electo, pero sí consiguió la mayoría suficiente de votos fue por haberme robado los títulos de propiedad de los Arrecifes. ¿Qué sabe usted de los Arrecifes, señor York?

- Muy poco, señora, lo confieso. Sé que es un conjunto de asteroides, cuyo número supera a los tres centenares y que, por un extraño capricho de la naturaleza, son habitables casi todos, por no decir todos. Pero ignoraba que los Arrecifes fuesen una propiedad privada.

- Pertenecen a la familia, desde hace tres mil años, por lo menos. En ese tiempo, la línea D'Akba no se ha interrumpido una sola vez — declaró la anciana, con orgullo.'

- Una familia evidentemente antigua — comentó York—. Pero, ¿qué influencia tienen los títulos, en la política de la Federación?

- Muy sencillo, señor York. Recupere los títulos, demuestre que fueron robados por Sithanur, y su elección como presidente será anulada.

— Y ¿quién será nombrado en su lugar?

- Mi nieta Elphyna — contestó la anciana, sin pestañear.

- La cual, supongo, obtuvo el número de votos inmediatamente inferior al del presidente electo.

Sí.

— Dejando de lado el parentesco y el afecto, ¿cree que su nieta está capacitada para ejercer el cargo?

— Sí.

Sobrevino una nueva pausa de silencio. York tenía la vista fija en su visitante. Solamente treinta años antes, cuando la anciana tenía cincuenta años, debía de

haber sido toda una belleza. ¿Qué aspecto no habría tenido a los dieciocho años? Pero en el arrugado rostro de Aghoura D'Akba, y también en sus ojos claros, como pedacitos de hielo, se advertía una firmeza granítica y una energía poco común.

- Yo diría — murmuro lentamente, tras el intervalo —, que Elphyna será sólo la fachada, y que será usted, en realidad, la que dirija la Federación.

- No creo que eso le importe demasiado, señor York — contestó la anciana heladamente.

S —

— Ahora tiene usted unos ochenta años. Aún puede vivir sesenta o setenta más... y el cargo de presidente es vitalicio, según creo.

— Yo no le pido que intervenga en la política de nuestra Federación. Sólo quiero que recobre esos documentos. Y le he ofrecido una excelente recompensa por su trabajo. Ahora, por consiguiente, espero su res puesta, señor York.

El terrestre sonrió.

— La cosa quedaría mejor si me llamase por mi nombre — sugirió.

— Bien, Grant, de acuerdo; pero, dígame, ¿qué me contesta?

— ¿He de actuar solo?

— Por supuesto.

- Bien, imaginemos que rescato los documentos. Usted los recobra, pero, dígame, ¿cómo probará que estaban en poder del presidente electo?

- Ese es mi problema, Grant. El suyo, insisto, es conseguir los documentos.

- Si los tiene Sithanur, no los guardará en un sitio precisamente accesible.

- Están en el arrecife Saturno II, en su residencia privada, la única que hay en aquel asteroide. Debo advertirle, Grant, que ya he enviado a dos hombres a recobrar los títulos. Ninguno de los dos ha vuelto.

York, sonrió.

- Me está pintando un panorama sumamente atractivo — comentó.

- Sin embargo, sé que es usted hombre que se crece con las dificultades.

— Pero no infalible ni, mucho menos, inmortal.

— Nadie es infalible ni inmortal, pero algunos hacen las cosas mejor que otros — contestó la anciana sentenciosamente—. ¿De acuerdo, Grant?

- De acuerdo, con una condición, señora.

- ¿Sí?

— Cuando llegue a Mikomir que, según creo, es la capital de la Federación, alguien de su confianza me estará aguardando para indicarme un hotel. No hará falta que me acompañe al hotel, pero en mi habitación encontraré una guía muy completa de los Arrecifes de Hkanndo'n. ¿Está claro?

— Desde luego.

— La contraseña mencionará «Rosas rojas para Janie». Yo contestaré que Janie prefiere los bombones, porque las rosas no se comen.

— Muy bien, Grant.

Aghoura fue a ponerse en pie, y York quiso ayudarla, cogiéndola del brazo, pero ella le rechazó bruscamente.

— Todavía puedo moverme, joven — dijo con aspe reza.

— No quise ofenderla, señora — sonrió York. Aghoura abrió su bolso y entregó un cheque al dueño de la casa.

— Recuerde que no queda demasiado tiempo — le dijo, al despedirse.

— Lo tengo muy presente, señora — contestó él. Desde la ventana, York vio a la anciana apostrofar violentamente a su piloto, quien, todavía confundido, no sabía qué le había pasado. York volvió a sonreír, pero una vez que el aeromóvil hubo despegado, salió de Ja casa y corrió hacia el jardín, en donde el frustrado ladrón empezaba a despertar del sueño provocado por el botellazo.

CAPITULO II

York hizo que el ladrón terminase de despejarse con buen trago y una bolsa con hielo, que le dio para que se la aplicase al lugar donde había sufrido el impacto de la botella. Luego le preguntó su nombre.

— ¿Qué pasará si no se lo digo? — gruñó el sujeto.

York le miró especulativamente. Aquel individuo tenía aproximadamente su edad y una figura muy parecida. El rostro se diferenciaba bastante y el pelo era más claro, pero, pensó, se trataba de detalles que podían corregirse sin dificultad, con el tratamiento adecuado.

Sin hacer el menor comentario, fue a una consola, donde había tres objetos y se los enseñó.

—Aquí hay una porra y un puñal teledirigidos, y el aparato de control remoto. Son objetos prohibidos por la ley y estaban en tu poder. Si llamo a la Policía, arriesgas una condena de cinco años, sin reducción. ¿Has entendido lo que quiero decirte?

- Ella... la vieja se ha marchado...

- Pero puedo decir que quisiste robarme a mí. El ladrón soltó un juramento.

— Está bien, me llamo Long Jack Wyle — contestó malhumoradamente—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

- ¿Te gustaría ganarte cien mil «pavos»? Wyle saltó en su asiento.

- Usted bromea...

— Hablo absolutamente en serio, Long Jack. ¿Qué me contestas?

Los ojos de Wyle se achicaron.

— ¿A quién tengo que «apiolar»? — preguntó con toda desfachatez.

— No tienes que matar a nadie. Sólo tienes que hacer un viaje espacial. A Mikomir.

Wyle se puso en pie.

— Adiós... —empezó a decir. Pero no pudo continuar.

— Piensa en los cinco años de cárcel — dijo York fríamente.

Wyle volvió a maldecir. Finalmente, se sentó de nuevo.

- Un viaje a Mikomir...

- Sí.

- ¿Qué he de hacer allí?

— Te cambiaré un poco el aspecto para que te parezcas un poco a mí. Por supuesto, los viajes y el aloja miento estarán pagados; los cien mil serán limpios. Como te daré el pasaje de ida y vuelta, podrás regresar cuan do se te antoje, dentro de los límites establecidos en ese pasaje. Nada más. Excepto que... alguien saldrá a recibirte y te indicará el hotel en que debes alojarte en la capital.

- ¿Y por todo eso me dará cien mil «machacantes»?

- Sí.

- ¿De verdad no tengo que matar a nadie?

- No, aunque si tienes ocasión de dar un buen «golpe», siempre que lo hagas con discreción, no te lo reprocharé.

- Bien, supongamos que viajo a Mikomir. ¿Qué hará usted?

York sonrió.

— Te lo contaré en el momento adecuado. —Abrió un cajón, y sacó diez billetes de cien —, Vuelve a esta casa dentro de veinticuatro horas, con otras ropas — aña dio—. Y, recuerda: he filmado esta entrevista, pero, naturalmente, sólo entregaría a la policía el trozo más comprometedor para ti. Lo habrás entendido bien, su pongo.

Wyle se embolsó los billetes. Vendré mañana a esta hora — prometió. Al quedarse solo, York se puso una nueva dosis de coñac, v encendió un cigarro. Mientras contemplaba las azuladas espirales de humo, se dijo que el rescate de los títulos de propiedad de los Arrecifes de Kkanndo'n iba a ser una de las misiones más atractivas que nunca le habían encomendado hasta aquellos momentos.

York cruzó la sala para abrir, atraído por la llamada que acababa de sonar. En

el umbral de la puerta encontró a un sujeto de unos cuarenta años, alto, de rostro anguloso y ojos malévolos.

- ¿Qué desea?— preguntó el dueño de la casa. —¿Es usted Grant York?

- Sí...

- ¿Puedo hablar unos minutos con usted?

- Desde luego, señor...

— Owyn, Raynd Owyn. Representante personal del presidente electo de Mikomir — declaró el visitante.

York cerró la puerta.

- Me siento muy complacido de conocerlo, señor Owyn — manifestó—. ¿Una copa?

- No, gracias, soy abstemio — respondió Owyn fríamente—. Sólo he venido a decirle una cosa: desista del viaje a Mikomir.

- Oh... — York sonrió—. Estoy por decir que el señor Glatus tiene un magnífico servicio de información.

- Sí, en efecto. No intervenga en nuestros asuntos, podría costarle muy caro — dijo el visitante, con acento amenazador.

— Está bien, si me permite un momento...

Owyn estaba situado entre York y la consola. El joven avanzó un paso. De pronto, pareció tropezar y trastabilló con cierta violencia, teniendo que apoyarse en el visitante para no caer al suelo. Durante unos segundos, los dos hombres, estrechamente abrazados, parecieron bailar una ridícula danza. Al fin, York consiguió recobrar el equilibrio y se separó de su huésped.

— No sabe cuánto lo siento — se disculpó. Owyn estaba rojo de ira, aunque supo contenerse.

— Ya me ha oído — dijo —. No se le ocurra ir por Mikomir o lo pasará muy mal.

York hizo un gesto de aquiescencia. Owyn giró en redondo y se encaminó hacia la puerta. Algo cayó sobre la alfombra, pero no lo oyó.

Cuando Owyn llegaba junto a la puerta, York le alcanzó para abrirla.

— Permítame — dijo cortés.

Owyn le miró, receloso. De pronto, York alzó el brazo.

— ¡Eh, agente! —llamó—. Venga, pronto...

Parado junto a la acera, había un aeromóvil policial, cuyos ocupantes descansaban al sol. Al oír la voz del joven, volvieron la cabeza.

— Sí, vengan — insistió York.

Owyn frunció el ceño. Cuando los policías llegaron junto a la puerta, York dijo:

— Arresten a ese hombre. Ha intentado robarme, utilizando un puñal teledirigido. Por fortuna, he conseguido desarmarlo. Miren, el puñal y la caja de control están todavía en el suelo...

— ¡Miente!—aulló el acusado—. Soy Raynd Owyn, de la Embajada de Mikomir, y no he venido a esta casa para robar a nadie.

Uno de los policías exclamó:

— Si es cierto lo que manifiesta, podrá probarlo con su documentación, me imagino, señor Owyn.

— Pues claro que sí...

Owyn llevó su mano al interior de la blusa, pero inmediatamente se puso pálido. York soltó una risita.

- Agentes, les sugiero lleven a este hombre a un psiquiatra. ¡Imaginarse nada menos que es un diplomático! ¿Por qué no dijo que es Napoleón?

- La verdad, hay gente con una desfachatez que supera todos los límites — observó el otro guardia. Y unos segundos después, el encolerizado Owyn, convenientemente esposado, era conducido en volandas hasta el vehículo policial, que levantó el vuelo inmediatamente.

Al quedarse solo, York sacó del interior de su chaquetilla la billetera de Owyn. En sus labios lucía una sonrisa llena de malicia.

Los documentos personales de Owyn, pasaporte incluido, estaban en la billetera, junto con varios millares de marcos galácticos. York se apropió del dinero, sin el menor escrúpulo. En cuanto al resto de lo que contenía la billetera, junto con la misma, fue a parar al triturador de basuras. El

diplomático tendría bastante trabajo en conseguir demostrar su auténtica personalidad.

— Suponiendo que no les convenga más dejarlo una temporadita a la «sombra», para evitarse compromisos — se dijo.

Y, aunque se sentía satisfecho de haber solucionado aquel problema, estaba bastante preocupado porque se daba cuenta de que el servicio de información de Sithanur Glatus era muy bueno. Y debería tenerlo en cuenta para cuando llegase el momento de recobrar los documentos.

El hombre que conducía la carretilla transportadora de equipajes tomó el maletín que le entregaba uno de los viajeros. Se lijó en su rostro, y lanzó una exclamación:

— ¡ Usted es el famoso Grant York, detective! Cuánto me alegro de conocerle personalmente, señor. He oído hablar mucho de usted, y siempre bien, pero, hasta el momento, nunca había tenido el gusto de verle.

- Gracias, amigo, pero creo que usted, como todos, exagera un poco — respondió el interpelado, con la mejor de sus sonrisas.

- Es usted único, señor York. Por ahí se dice que vale usted más que todos los policías juntos... ¿De viaje,' señor?

— Sí, voy una temporadita a Mikomir.

— Algún caso excepcionalmente intrincado, supongo. . Oh, perdón, señor, creo que estoy siendo demasiado curioso... Le ruego me disculpe, señor York...

— No tiene importancia, amigo.— El detective sacó una moneda y se la entregó al mozo de equipajes — Gracias por todo.

— A usted, señor.

El empleado se alejó, tripulando la carretilla cargada de maletas. Ostentosamente, York encendió un cigarro y se encaminó hacia la astronave situada a poca distancia, y brillantemente iluminada por un centenar de focos, que la convertían en una gigantesca masa de plata bruñida.

Un hombre había contemplado la escena discretamente a corta distancia. Apenas vio que York, tras enseñar su pasaje al sobrecargo, situado en la puerta de acceso a la astronave, desaparecía en el interior, corrió a buscar un videófono, insertó unas monedas en la ranura correspondiente y marcó un

número.

La pantalla se iluminó, pero no apareció en ella ningún rostro, ni siquiera el panorama de alguna habitación. El hombre no se extrañó, puesto que sabía que la persona a la que llamaba había puesto un pañuelo sobre el objetivo de la cámara de su videófono.

- York acaba de embarcar en la «Star Empress»
- informó el espía.
- Bien, gracias.
- La nave zarpará dentro de una hora. Podría tomar un pasaje...
- No se preocupe; ya hay alguien a bordo para vigilar a York.

La comunicación se cortó y el espía abandonó la cabina. De nuevo dirigió su vista hacia la reluciente masa metálica de la astronave. Sonrió malévolamente.

— No durarás mucho en el mundo de los vivos

— murmuró.

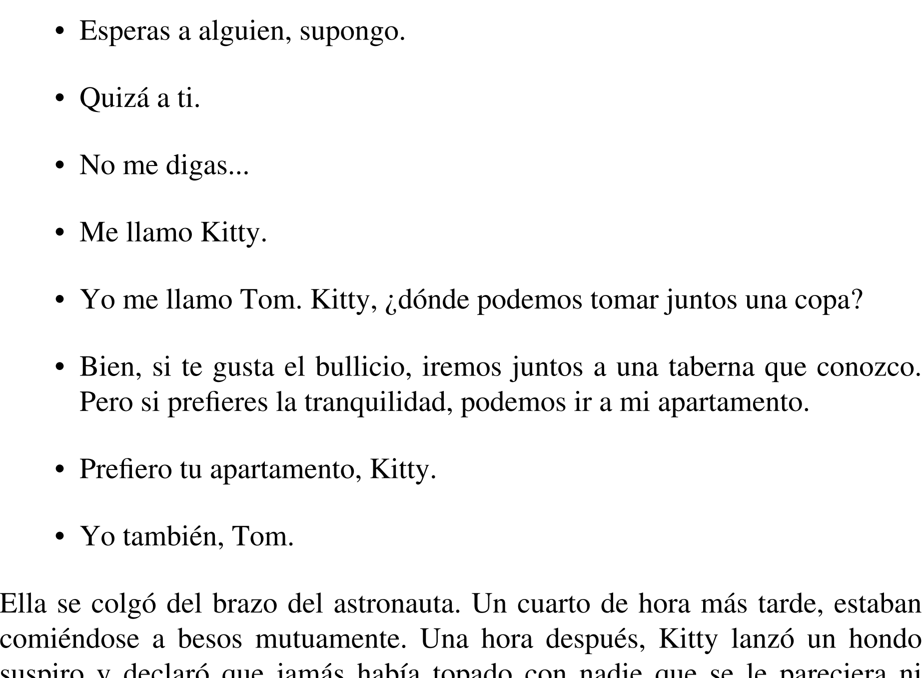
A un par de cientos de metros, el mozo de equipajes se ocupaba en su trabajo, haciendo pasar maletas y baúles a las bodegas de la nave. Cuando terminó, subió de nuevo a su carretilla y regresó al hangar de carga. Su jornada de trabajo había concluido ya, por lo que, tras un rápido aseo, se cambió de ropa y buscó el extraño y desusado vehículo que había de llevarle de vuelta a la capital: una bicicleta.

La distancia era de unos ocho kilómetros, que cubrió en poco más de un cuarto de hora. Llegó a la pensión en que se hospedaba, saludó a la gorda recepcionista y subió a su habitación. Allí se bañó y volvió a cambiarse de ropa. Luego volvió a salir a la calle. En uno de sus bolsillos estaba la billetera, con la documentación a nombre de Tom Baxter, calificado como tercer piloto de astronave.

* * *

La mujer era rubia, de amplio pecho y sonrisa fácil. Baxter la miró de pies a cabeza durante unos segundos. Ella le devolvió la mirada.

- Hola, guapa.,
- ¿Qué tal, buen mozo?



- Esperas a alguien, supongo.
- Quizá a ti.
- No me digas...
- Me llamo Kitty.
- Yo me llamo Tom. Kitty, ¿dónde podemos tomar juntos una copa?
- Bien, si te gusta el bullicio, iremos juntos a una taberna que conozco. Pero si prefieres la tranquilidad, podemos ir a mi apartamento.
- Prefiero tu apartamento, Kitty.
- Yo también, Tom.

Ella se colgó del brazo del astronauta. Un cuarto de hora más tarde, estaban comiéndose a besos mutuamente. Una hora después, Kitty lanzó un hondo suspiro y declaró que jamás había topado con nadie que se le pareciera ni remotamente.

— Eres fuego puro, querido — elogió.

— Psé, no lo hago mal — dijo Baxter modestamente—. ¿Tomamos otra copa?

- Prepárala tú, yo voy al baño — indicó ella.
- De acuerdo.

Baxter abandonó el lecho y pasó a la sala. Apenas había cruzado la puerta, algo cayó sobre su cabeza y se desplomó sin sentido.

Kitty acudió corriendo, envuelta en una bata. El hombre que había golpeado a Baxter sonreía.

— Lo has hecho bien, preciosa — dijo—, Pero, ¿estás segura de que es tercer piloto?

— ¿Por qué no examinas su documentación?

El hombre registró las ropas de Baxter. Unos minutos más tarde, puso varios billetes en la mano de la prostituta.

- Ayúdame a vestirlo, ¿quieres?

- Desde luego.

Un cuarto de hora después, Baxter, todavía inconsciente, era conducido al ascensor. Antes de que llegase el nuevo día, era depositado en una litera, en la astronave «Galaxy Stream», al mando del capitán Hiram Rickshane.

CAPITULO III

Cuando despertó, Baxter fue al lavabo y se puso una toalla mojada en el lugar donde había recibido el porrazo. A los pocos minutos, se abrió la puerta del camarote y un hombre apareció en el umbral.

— Eh, tú, el capitán quiere verte — dijo el sujeto.

— ¿Estoy a bordo de una astronave? — exclamó Baxter.

El otro soltó una risita.

- No es una granja avícola — contestó. Baxter miró fríamente al individuo.

- A juzgar por tu aspecto, es una granja porcina

— respondió, mordaz.

El otro se sulfuró y dijo algo ofensivo para la madre de Baxter. Este le arrojó primero la toalla a la cara y luego le arreó una patada en la ingle, que lo tiró de espaldas al suelo. Pasando por encima de él, sin hacer caso de sus aullidos de dolor, se encaminó en busca de la cámara del capitán.

Llamó a la puerta con los nudillos. Una voz, ridículamente aflautada, le dio permiso para entrar. Baxter abrió la puerta.

— ¿Es usted el capitán de este inmundo cascajo?— preguntó.

Hiram Rickshane se puso en pie. Aunque usaba suelas de tres centímetros, su cabeza llegaba justo al pecho de Baxter. Pero todo su cuerpo desprendía un aura de energía que era imposible desconocer.

— Este inmundo cascajo, como usted lo califica, es mi nave, yo soy el capitán y el amo a bordo, después de Dios — respondió coléricamente—. Y usted me debe obediencia absoluta o puede encontrarse con una acusación de motín, que le costaría una condena de cadena perpetua, si a mí se me antojara. ¿Entendido, señor Baxter?

- Perdón, capitán, no quise ofenderle...

- Me está ofendiendo solamente con su presencia

— tronó Rickshane —. Pero soy un hombre paciente y bien considerado, y escucharé todo lo que tenga que decirme, señor Baxter.

— Bueno, a mí me trajeron engañado...

— ¿Engañado? — El capitán rió chillonamente —. ¿Quiere que le enseñe el cuaderno de embarque, con su firma y la aceptación de las condiciones de trabajo como tercer piloto? ¡Voto a mil bombas! ¿Cómo se atreve a acusarme de un hecho semejante? ¿Por quién me ha tomado, maldito estúpido? ¿Cree que soy un capitán de velero del siglo XIX, que reclutaba a sus tripulantes a la fuerza? ¿Tiene ganas de que lo envíe a la sentina, con unos grilletes en los pies?

— No, señor, sólo quise expresar mi opinión...

— A bordo de esta nave, no opina nadie más que su capitán, y el capitán soy yo. Señor Baxter, usted está alistado como tercer oficial, ya que, según su documentación, usted tiene ¡a patente para desempeñar tal puesto. Por tanto, le ordeno dé comienzo inmediatamente a su trabajo, y vaya a la bodega de carga, para inspeccionar la estiba. Luego iré yo personalmente a revisar su trabajo, y, si no está hecho a mi gusto, le haré mover todos los bultos a mano, hasta que queden como Dios manda. ¿Me ha oído bien?

- Sí, señor. Le ruego me dispense, capitán...

- ¡Vaya a su tarea! —rugió Rickshane.

Baxter giró en redondo. En su camino hacia la bodega de carga, se cruzó con el tripulante al que había pateado las tripas. El hombre le miró rencorosamente.

— Cuando estemos en tierra, ajustaremos cuentas

— dijo.

Baxter disparó su puño derecho. El hombre cayó, patas arriba, vociferando como un energúmeno, lo que hizo salir a Rickshane de su cámara.

— 21

— ¿Qué pasa aquí? .

- Este hombre me ha faltado al respeto, capitán — se volvió Baxter—. Naturalmente, he castigado instantáneamente su insolencia. ¿O no soy el tercer oficial?

- Lo es, por todos los demonios — contestó Rickshane—. Ha hecho bien, señor Baxter. Y si ese bastardo vuelve a molestarle, dígamelo, y

yo me ocuparé de curar su lengua con unos cuantos latigazos.

Baxter sonrió anchamente.

— Sí, señor — dijo, con un dedo junto a la sien de recha.

Mientras se alejaba, el capitán Rickshane le miró, satisfecho. Sí, se dijo, aunque el procedimiento empleado para traerle a bordo hubiese sido irregular, Tom Baxter tenía madera de oficial. Había sido una buena adquisición, resumió complacidamente sus reflexiones.

Una vez solucionados los trámites de la llegada Grant York, con un maletín en la mano, se dirigió hacia la salida del astropuerto. A los pocos segundos, una encantadora muchacha de pelo rubio, corto, le cerró el paso.

— ¿Ha traído las rosas rojas para Janie?

— Lo siento —sonrió York—, pero Janie prefiere los bombones; las rosas no se comen.

La chica emitió una alegre sonrisa.

- Soy Elphyna D'Akba — se presentó—. ¿Cómo está, señor York?

- Hechizado — respondió el viajero —. Nunca me imaginé una recepción semejante.

- Tiene reservada la habitación cuatrocientos once, en el Golden Star Hotel —dijo Elphyna—. No se preocupe de las facturas; el gerente está instruido al respecto.

— Gracias, señorita D'Akba. Ella le tendió una mano.

— Siga, un piloto amigo le llevará al hotel. Nosotros nos ocuparemos de su equipaje.

— Así da gusto viajar — suspiró York.

Elphyna se alejó, fresca y radiante cómo una mañana de primavera. York la miró un tanto melancólicamente. Elphyna era como una fruta recién madurada, que él no podría probar nunca.

— ¿Quién se la llevará? — murmuró.

Y, tras unos segundos de indecisión, echó a andar hacia el hombre que ya salía a su encuentro para conducirle al hotel.

* * *

Los tripulantes de la «Galaxy Stream» terminaron de cenar. Sonaron algunos eructos. Ordinariamente, se quedaban un buen rato en el salón de descanso, contemplando alguna película o jugando a las cartas. Aquella noche, sin embargo, manifestaron, tener sueño. Él comedor quedó desierto en pocos minutos.

En el puente de mando estaba el oficial de guardia, segundo de a bordo. Baxter le llevó una taza de café. El segundo agradeció el gesto. Un cuarto de hora más tarde, declaró que tenía un sueño espantoso.

— Yo haré tu guardia — dijo Baxter.

— Gracias — contestó el segundo, con voz ya estropajosa.

Baxter aguardó todavía un cuarto de hora más. Comprobó que el piloto automático estaba en funcionamiento, y abandonó el puente, para dirigirse a la cámara del capitán. Sin molestarse en llamar, abrió la puerta.

— Hola — dijo, sonriendo desde detrás de la pistola que brillaba en su mano derecha.

El capitán Rickshane estaba leyendo apaciblemente, sentado en una butaca, envuelto en una bata, de modo que ofrecía un tranquilo aspecto hogareño, de hombre en paz con todos y con su propia conciencia. Al ver el arma, frunció el ceño.

- Se trata, sin duda, de una broma, señor Baxter — dijo, sin inmutarse.

- No, no es ninguna broma, capitán. Simplemente, necesitaba su nave y la utilicé... mejor dicho, la estoy utilizando todavía.

— No lo entiendo. Explíquese mejor, ¿quiere? Pero antes de que siga adelante, quiero que mida las consecuencias de su hecho. Es un motín, ¿lo sabía?

- Conozco perfectamente las leyes del espacio, no demasiado diferentes de las marítimas. El tripulante que se subleva contra las órdenes legítimas de su capitán, comete delito de amotinamiento.

- Por lo cual, y lamentando muchísimo que ya no se aplique la horca, puede ser condenado a cadena perpetua. Y esta expresión significa cárcel por vida, no por quince o veinte años.

- Lo sé, capitán. Pero sé también que usted no se atrevería a acusarme de amotinamiento. Suponiendo que pudiera hacerlo, claro.

- ¿Qué le hace creer que no cumpliría con mi deber, señor Baxter?

— El cargamento de su nave, capitán.

Hubo un instante de silencio. Los dos hombres se miraban fijamente. Cada par de ojos emitía rayos como espadas.

- El cargamento está en *o*rden — dijo Rickshane, al cabo.

- Salvo por las cajas señaladas con el rótulo de «Generadores» y que, en realidad, contienen armas energéticas, destinadas a los nativos de Idub II, cosa que, como usted sabe muy bien, está absolutamente prohibida. Los idubianos cambian esta clase de armas por cierto mineral que existe solamente en su planeta, el oro pesado... el preciado metal de densidad triple a la del oro común, lo que significa, a igualdad de volumen, triple beneficio. ¿Sabe lo que el gobierno de Mikomir hace con los capitanes desaprensivos que comercian con los idubianos?

El tono de voz de Rickshane no se alteró al dar su respuesta:

— Señor Baxter, voy a proponerle un trato. Le daré el veinte por ciento de los beneficios, a cambio de su silencio... y del mío, naturalmente. ¿Qué le parece?

Baxter sonrió.

— No. Usted, capitán, tiene tan poca palabra como una serpiente borracha. Cuando llegue el momento del trueque, en Idub II, recibirá el oro y entregará a cambio armas con el depósito de energía prácticamente agotado. Al segundo disparo, esas armas no servirán más que como porras. Pero, naturalmente, usted ya estará lejos del planeta. ¿Cree que puedo fiarme de su palabra, cuando piensa engañar a los idubianos, a fin de evitar la pena máxima, caso de ser descubierto?

— Está muy bien enterado de mis negocios...

— Me dejé atrapar. Sabía que usted necesitaba desesperadamente un tercer piloto, no porque le hiciera falta, sino por cumplir la ley. Por eso busqué el encuentro en casa de aquella prostituta. Mis documentos, como puede imaginarse, son falsos.

— Entonces, no se llama Baxter.

— Mi nombre verdadero es Grant York, detective es telar. Necesitaba de su nave, capitán.

—Para llegar a alguna parte, sin ser descubierto...

— Exactamente.

— Muy bien, señor York. ¿Qué es lo que pretende de mí?

York metió la mano en uno de sus bolsillos, y lanzó algo sobre la mesa junto a la cual se hallaba el capitán de la nave. Rickshane miró un instante aquella diminuta tableta de color marrón oscuro.

— ¿Qué es esto? —preguntó.

- Toda la tripulación ha tomado ya esta droga, cuya duración no es nunca inferior a las dos semanas. A partir de este momento, serán unos robots humanos, que obedecerán exactamente mis órdenes... transmitidas a través del capitán de la nave, por supuesto.

- Muy inteligente — dijo Rickshane—. Pero supongamos por un momento que me niego a tomar esa droga. ¿Cuál sería su reacción, señor York?

- Le mataría instantáneamente — dijo el joven, sin pestañear—. Los tripulantes, en el estado en que se encuentran, aceptarían cualquier disculpa mía... incluida la de la borrachera que le hizo saltar al espacio sin traje de vacío. El segundo de a bordo se haría cargo de la nave, y obedecería mis órdenes igualmente.

— ¿Sería capaz de matarme?

— Su viaje anterior a Idub resultó muy productivo, ya que, entre las mercancías autorizadas, llevaba varias cajas de latas de conserva que, en realidad, contenían whisky y aguardiente solidificados. Una de esas latas puede proporcionar, mediante la adición de la cantidad de agua especificada, un barril de licor. Los idubianos han sido hasta hace poco un pueblo pacífico, tranquilo... pero ya hay crímenes y robos a causa de ese alcohol. Y usted tiene la culpa, capitán.

— Ellos lo pidieron...

— Y ahora, al licor, siguen las armas — añadió York, impertérrito—. Un día, Tos idubianos trabajarán para usted, por una pulgada de licor sólido, que puede proporcionarles un par de vasos de bebida. Y a usted no le importará

que se maten entre ellos, ni que se roben las mujeres... porque ya será inmensamente rico. Como comprenderá, no puedo sentir la menor compasión por una víbora como usted.

Rickshane suspiró y tomó la pastilla con dos dedos.

— El efecto de la droga se pasará algún día. Entonces, le buscaré, señor York. Créame si le digo que lo haré despellejar vivo, en el sentido más literal de la frase.

York sonrió.

- Mastique la tableta, será suficiente — contestó. Un cuarto de hora más tarde, añadió:

- No lo olvide, sigo siendo Tom Baxter, tercer oficial.

- Sí, señor Baxter — repuso Rickshane, con voz átona.

- Ahora, capitán, irá al puente de mando y pondrá rumbo a Mikomir. Cuando aterricemos allí, dirá que tiene una avería en el compresor de alta, por lo que ha tenido que desviar su ruta, ya que en estas condiciones le resultaba imposible llegar a Idub II. ¿Está claro?

— Sí, señor.

York fue a su camarote, y se miró en el espejo. La barba frondosa, el poblado mostacho y el color algo más claro de su cabello, debido al tinte, transformaban totalmente su apariencia. Se preguntó qué haría su sustituto, Long Jack Wyler, en aquellos momentos.

— Estará dándose la gran vida — murmuró.

CAPITULO IV

Rebosante de furia, hirviendo de indignación, Elphyna D'Akba atravesó el enorme vestíbulo del Golden Star Hotel, entró en un ascensor y pidió al mozo que la condujese al cuarto piso. La muchacha se sentía terriblemente irritada por lo que consideraba una inadmisible falta de acción del detective contratado para la recuperación de los títulos de propiedad.

Elphyna salió del ascensor, avanzó unos cuantos pasos a través del alfombrado corredor y, sin molestarse en llamar, abrió la puerta. Tal como había supuesto, el detective estaba durmiendo plácidamente en un diván, con los pies en alto, sobre uno de los brazos del mueble. Su mano izquierda pendía fuera y casi tocaba el suelo, sobre el que se veía un libro abierto de par en par.

— ¡Señor York! — llamó.

El detective no respondió. La furia de la muchacha aumentó. Dio dos pasos más y, de un manotazo, quitó los pies del hombre del lugar en que estaban apoyados. Entonces, York giró longitudinalmente sobre sí mismo, y cavó al suelo de bruces, quedándose completamente inmóvil.

Elphyna retrocedió un paso, aterrada.

- Está muerto — exclamó.

- ¿Cómo? — dijo alguien en aquel instante. Elphyna dio media vuelta y miró al fornido sujeto que estaba en el umbral de la puerta. Una sensación de impotente agonía invadió, de súbito, su mente, al pensar en las consecuencias de lo que podía suceder. Era inocente del asesinato de York, pero le resultaría imposible evitar el escándalo.

El hombre entró y cerró a sus espaldas. Elphyna se dio cuenta de que llevaba un bolso de mano colgado de su hombro.

- No tengo que ver con esta muerte..—dijo ella, con voz entrecortada.

- Me lo imagino — respondió el recién llegado —. Pero, ¿qué hace una aspirante a la presidencia de la Federación en este lugar?

- ¿Cómo sabe que yo...?

- Usted es Elphyna D'Akba.

- ¿Me conoce?

El recién llegado sonrió.

- Hablaremos de esto más tarde — dijo—. ¿Cuánto tiempo hace que ha llegado?

- Primero, por favor, dígame quién es usted — solicitó la muchacha.

- Grant York, aunque, para todo el mundo, soy Tom Baxter.

— York es este hombre — protestó ella vivamente.

- Era un doble que yo contraté en la Tierra. Elphyna se sintió estupefacta.

- Usted... contrató un doble...

- El ladrón, ¿recuerda?

- Sí. Le hizo tomar su apariencia y su nombre...

- Justamente.

- ¿Y aceptó?

- A cambio de cien mil marcos galácticos y la libertad. De otro modo, le hubiesen condenado, al menos, a cinco años de presidio.

- ¡Pero usted sabía que podían asesinarlo!—exclamó la muchacha, indignadísima.

- Era un riesgo que debía correr, aunque, naturalmente, no iba a decírselo — contestó York, impertérrito.

— Aun así, fue una canallada... York frunció el ceño.

— Señorita D'Akba, el ladrón permaneció un buen rato sin conocimiento. Antes de que lo recobrase, yo había hecho investigaciones por medio de ciertos canales de mi confianza. Ese sujeto tenía, por lo menos, dos muertes sobre su conciencia, cometidas con las armas que le arrebaté. Créame, el mundo no ha perdido nada con su desaparición. Y yo sigo consoladoramente vivo, para mi satisfacción y la de usted.

— Si es cierto lo que dice...

- Puede estar segura. — York se acercó al cadáver, y puso una rodilla en el suelo, para examinarlo con toda atención —. Me pregunto cómo lo

habrán asesinado, ya que no hay señales de violencia — agregó pensativamente.

- Yo diría que lo envenenaron, aunque no puedo citar el nombre de la sustancia tóxica que emplearon.

Wyler yacía boca abajo, con la cara de lado. York olfateó el ambiente; no se percibía el menor olor extraño.

De pronto, reparó en el libio que estaba a su lado, abierto de par en par.

— Es la guía de los Arreciles — indicó ella.

York agarró la mano derecha del muerto, y la volvió un poco. Elphyna lanzó una exclamación a! ver que las yemas de los dedos estaban completamente negras.

- El veneno está en las páginas del libro — dijo York.

- Es horrible — se estremeció Elphyna.

- Diabólicamente inteligente. ¿Fue usted quien lo trajo?

- No. Lo encargué a un centro bibliotecario, y pedí que lo enviasen a esta habitación. Era lo que usted deseaba, ¿no?

- Desde luego, pero si lo pedí, fue por ahorrarme tiempo. Tendré que comprar yo uno en otra librería y... El cuerpo está frío, lo que indica que ha muerto hace varias horas. Es seguro que Sithanur lo sabe ya. Incluso apostaría a que alguien entró antes que usted para cerciorarse de «mi.» muerte.

- No lo sé; yo acababa de llegar cuando usted entró...

- ¿Cómo se le ocurrió venir, sin que yo la llamase?

— Yo no sabía que fuese un doble. Llevaba ya dos semanas en Mikomir, y no hacía más que divertirse y darse la gran vida. Comprenderá que debía sentirme in dignada.

Y vino a reprocharle su inacción.

Elphyna guardó silencio.

— Está bien—continuó él—. Todavía hay tiempo de sobra hasta el dieciocho de octubre. Vuélvase a su casa; yo iré a buscarla más tarde.

- ¿Cuándo? — preguntó la muchacha.

- No puedo fijar un plazo, pero iré hoy. Ande, váyase.

— Pero el cadáver... — dijo Elphyna, sumamente aprensiva.

— Yo me ocuparé de hacerlo desaparecer. Ella se estremeció.

- Si esto se supiera... sería mi ruina total — murmuró.

- Nadie lo sabrá, se lo aseguro. Vamos, márchese. Y procure aparentar normalidad. Seguramente, Sithanur tiene espías en el vestíbulo; no deje traslucir en absoluto lo que ha sucedido. ¿Estamos?

Elphyna asintió y dio media vuelta. Apenas se marchó, York cerró la puerta con doble vuelta de llave, y contempló pensativamente el inerte cuerpo del ladrón.

— Lo siento, pero, al menos, has servido para una buena obra, una vez en tu vida — dijo, como epitafio para el hombre que le había sustituido en parte de la vida y en la muerte.

A continuación, desnudó por completo el cadáver del ladrón, y lo condujo al cuarto de baño. La bañera era grande, lujosa; podían meterse cuatro personas sin problemas de espacio, y estaba hundida en el suelo. York puso el tapón y abrió el grifo del agua fría.

Cuando el cuerpo estuvo cubierto completamente por líquido, sacó de su bolso un tubo, del que extrajo unas cuantas píldoras, que lanzó al agua, de inmediato. Luego abandonó el baño, no sin cerrar la puerta cuidadosamente.

Una hora más tarde, volvió a entrar. Quitó el tapón de la bañera y dejó que se vaciase. Luego, con la ducha de tubo flexible, limpió bien la pileta. Al terminar, se afeitó el bigote y la barba, lo que le hizo recobrar su aspecto habitual.

Cuando salió del hotel, ataviado con uno de los fastuosos trajes que se había comprado Wyler, vio a un hombre que ponía cara de asombro. Procuró fijarse en las facciones del sujeto; estaba seguro de que, tarde o temprano, tendría que verlo de nuevo. También sabía que, antes de diez minutos, Sithanur estaría enterado de que el truco del libro con las páginas envenenadas no había servido para nada.

El libro estaba en su bolso.

La residencia de Elphyna parecía una seta gigantesca, con el pedúnculo inclinado en ángulo de 40 grados, encarada a un hermoso valle, por el que, en el atardecer, el río que lo atravesaba parecía una cinta de plata. Un ascensor inclinado, estilo funicular, permitía el acceso al interior de la residencia, cuyo salón se encontraba a treinta metros del suelo.

El salón era circular, con grandes ventanales que permitían ver el paisaje en todas direcciones. Los cristales, según apreció York, eran polarizables, para permitir la mayor o menor afluencia de luz y hasta la opacidad absoluta, si así convenía a la dueña de la casa. En uno de los extremos, había una escalera de caracol, que permitía el acceso a las habitaciones superiores.

- Parece que haya vivido toda la vida en este planeta— comentó Elphyna, después de servir una taza de café a su visitante.

- He comprado una guía de la ciudad y otra de los Arrecifes — respondió York —. ¿Vio a los espías de Sithanur?

- Sí. Había uno de sus hombres de confianza, Yinat. Un tipo fornido, algo más bajo que usted, con los labios morcilludos...

- Es el mismo que he visto yo al salir. Se quedó de piedra, al verme vivo.

Elphyna contempló el rostro afeitado de York.

— ¿Qué ha hecho con el cadáver de su doble?—inquirió.

- Lo disolví en la bañera.

- ¿Con ácido? — se horrorizó ella.

- Sí.

- Pero habrá necesitado cientos de litros,.. York sonrió.

- No le explicaré mis procedimientos — dijo —. Pero puede estar segura de que no es cosa que haga todos los días.

- Sus procedimientos empiezan a asquearme—protestó Elphyna.

- Usted quiere recobrar los títulos, ¿no? Ella apretó los labios.

- ¿Cuáles son sus planes? — preguntó.

— Antes de darle la respuesta, tengo que estudiar a fondo las peculiaridades de Saturno II. He ojeado un poco el capítulo correspondiente a ese asteroide, y

me parece que no da demasiados detalles.

— En la Biblioteca Astronómica podría...

- Resultaría demasiado sospechoso. Ya buscaré otro procedimiento, no se preocupe.

- ¿Tiene pensado algo sobre el método que va a emplear para llegar a Saturno II?

- Cuando llegue el momento — respondió York—. Mi norma es una muy vieja, de la Tierra. «Vísteme despacio, que tengo prisa.»

— No entiendo — dijo ella, desconcertada.

— Significa que se ha de preparar todo con el máximo de detalles, para evitar fallos desastrosos en el último instante.

- Sí, ahora resulta más claro. Una pregunta, Grant.

- Dígame, Elphyna.

— ¿Cómo sabe que era yo la que fui a visitarle en su casa?

York sonrió.

— Se caracterizó muy bien, pero olvidó poner arrugas en las manos — contestó.

Elphyna se sonrojó,

— Soy novata en caracterizaciones — se autodisculpó.

— No se preocupe, otra vez lo hará mejor. En cambio, ahora va quiero hacerle una pregunta.

- ¿Sí?

- Usted aspira a la presidencia. ¿Cómo es que no tiene la menor vigilancia en torno a su casa? ¿Por que viaja sola, sin escolta de ninguna clase?

Una ligera sonrisa apareció en los labios de la muchacha.

— Sithanur es el primer interesado en que no me suceda nada. Sus hombres me vigilan y me escoltan al mismo tiempo. Estoy segura de que, a estas horas,

hay media docena de sus guardaespaldas en torno a la casa, dispuestos a quemar vivo al primero que intente hacer me algo malo.

— Oh, teme al escándalo.

— Sí. Quiere que la investidura se haga con toda legalidad. Si yo muriese, se vería en una situación muy embarazosa, y ello no le conviene en absoluto.

— Entiendo. ¿Dónde está la abuelita? Elphyna sonrió de nuevo.

— Haciendo algo que aprendió en la Tierra, en uno de sus últimos años y que le gusta mucho — contestó.

— ¿Fotografía? ¿Pintura?

— Agujas y lana —rió la muchacha estruendosamente. York también se echó a reír.

— Muy propio de una mujer de su edad — convino—. Salúdela en mi nombre, cuando la vea.

— Le diré que le haga un «pullover» para el invierno.

— Lo llevaré con mucho gusto. Y ahora, ¿puede indicarme un sitio donde pueda divertirme a gusto?

Ella se puso seria.

— Búsquelo usted, si quiere — contestó.

— Lo buscaré; descuide. York se puso en pie.

— Vendré en otro momento a verla — contestó—. No se preocupe de mí, si no tiene noticias mías.

- Estará divirtiéndose.., con alguna furcia.

- Seguro.

El joven se encaminó hacia la puerta.

- ¿Qué sabe usted de Yinat? —preguntó, con la mano en el pomo.

- Es muy peligroso, mortalmente peligroso. Y no deja rastros de sus crímenes.

- Lo tendré en cuenta — respondió York, a la vez que abría la puerta.
-

- CAPITULO V

Yinat estaba allí, en el local denominado La luna de Oro. Simulando no haberla visto, York buscó una mesa y se sentó. Una atractiva camarera llegó, con la carta en la mano.

— Señor — dijo la mujer.

York tomó la carta y simuló leerla.

— No hay lo que yo busco — manifestó.

— Siempre tenemos de todo en el local, señor — dijo la camarera.

— ¿Compañía también?

- ¿Cómo la prefiere el señor? Hay para todos los gustos...

- Me bastará que sea guapa. Y encargue dos cubiertos, por favor.

York puso en las manos de la camarera un billete de cien marcos galácticos y añadió:

- Dejo el menú a su elección, preciosa.

- Gracias, señor.

Un par de minutos más tarde, llegó una mujer joven, muy hermosa, de frondosa cabellera castaña, ataviada espectacularmente.

- Me llamo Neria B'Othus — se présenlo. Puesto en pie, él dijo:

- Grant York. Encantado de conocerte, Neria. La mujer se sentó. Grant se situó frente a ella.

— De momento vamos a concentrarnos en la cena. ¿Te parece bien?

— Excelente — aprobó ¡a mujer.

Resultó una velada encantadora. Al terminar, Grant pagó la cuenta y añadió una opípara propina. Neria puso unos ojos corno platos al ver el fajo de billetes que York había ostentado en el momento de pagar.

— Supongo que tendrás algo de beber en tu casa — dijo él.

— Por supuesto.

Momentos más tarde, se acomodaban en un aerotaxi. Neria le indicó su dirección al piloto. Cuando el aparato levantaba el vuelo, York se volvió para mirar por la ventanilla posterior. Sonrió para sí; otro aeromóvil despegaba en el acto. «Pilotado por Yinat», seguro, pensó. Pero dejó de lado al esbirro, abrazó a Neria y la besó apasionadamente.

Luego suspiró y dijo:

— Va a ser una noche muy agradable. Ella le acarició una mejilla.

— Puedes tener la seguridad de que así será — con testó.

Dos horas más tarde, mientras Neria dormía profundamente, merced a un ligero sedante que York le había propinado, el joven se levantó y vistió en la oscuridad. Al terminar, pasó a una habitación contigua, un dormitorio destinado a huéspedes. Sin encender la luz, rasgó una sábana en tiras, y las enrolló en torno a su cuerpo.

Luego salió por la trasera de la casa. Dio la vuelta y miró por una de las esquinas. El aeromóvil de Yinat estaba a unos cincuenta metros de distancia, al otro lado de unos arbustos. La cúpula sobresalía lo suficiente para que su piloto pudiera vigilar la casa con toda comodidad.

York dio un largo rodeo para llegar al vehículo. Todavía aguardó medía hora más. Al fin, Yinat desembarcó para estirar las piernas.

Entonces, York cayó sobre él. Antes de que el esbirro se hubiese dado cuenta de lo que le sucedía, estaba atado de pies y manos, y con una mordaza sobre la boca.

York le miró alegremente.

— El vicio de espiar suele traer malas consecuencias — dijo —. De momento, esto es sólo un aviso. Trata de comprenderlo, Yinat; así lo tendrás en cuenta para la próxima ocasión.

Luego, levantando a pulso el cuerpo del esbirro, lo depositó en su asiento.

— Por cierto — añadió —, los libros envenenados no me causan el menor daño. Como puedes comprobar por ti mismo.

Acto seguido, manipuló en los mandos del aparato, y conectó el piloto

automático. Inmediatamente, saltó al suelo.

El aeromóvil despegó en línea recta. Tenía autonomía para unos doce mil kilómetros, antes de recargar sus baterías, No caería al suelo, cuando se hubiese agotado la carga de propulsión; los mecanismos automáticos funcionarían para hacerlo aterrizar sin daño, apenas el indicador de carga empezase a dar señales de un próximo agotamiento. Pero a unos ciento cincuenta kilómetros por hora, Yinat estaría volando ochenta horas. Llegaría exhausto, medio muerto de hambre v sed, pero sobreviviría.

— Es más de lo que se merece — dijo, mientras regresaba para terminar de pasar la noche junto a la voluptuosa Neria B'Othus.

Era una compañía mucho más agradable que la de Yinat.

* * *

Cuando llamaron a la puerta de su alojamiento, York se imaginó que sería Elphyna, impaciente por obtener noticias, después de varios días de silencio. Su sorpresa fue enorme al ver al capitán Rickshane, acompañado de dos hombres de uniforme, uno de los cuales lucía galones en las mangas.

— Este es — acusó Rickshane, con su odiosa voz de rata—. Sargento, deténgalo, acusado de motín a bordo de mi nave.

York parpadeó. El policía le miró fijamente.

— Lo siento, señor Baxter, pero el capitán Rickshane ha formulado una acusación en regla, por lo que deberá acompañarnos hasta el puesto de Policía, a fin de aclarar la situación.

Hubo un instante de silencio. York tenía la vista fija en Rickshane, quien sonreía con aire satisfecho, disfrutando por anticipado con el contragolpe que pensaba asestarle.

- ¿Cómo ha dicho, sargento?
- Señor Baxter, el capitán...
- ¡Alto ahí!—cortó York—. He oído un nombre que no me suena en absoluto. ¿A quién busca usted, sargento?
- A Tom Baxter, tercer oficial de la «Galaxy Stream». acusado por su capitán de amotinamiento en el espacio, señor.

- Ah, el capitán dice que soy yo y que ocupo la habitación cuatrocientos once.

- Así es, señor. Por favor, le ruego no oponga resistencia.

- Si yo fuese Tom Baxter, sí opondría resistencia, sargento; pero da la casualidad de que soy otra persona muy distinta, como puedo probar por mi documentación, que está completamente en regla. El capitán, sin duda, le ha dicho que me encontraría en este hotel, ¿no es cierto?

— Sí, señor.

— ¿Se le ha ocurrido preguntar en recepción por el nombre del ocupante de esta habitación?

El sargento pareció confundido.

— Pues... no, señor...

York hizo un gesto con la mano.

— Entren, se lo ruego. Sargento, haga que su subordinado llame a la recepción, mientras yo le muestro mi documentación. Como en ella figuran mis huellas dactilares, estoy dispuesto a acompañarle a su puesto de Policía, a fin de que los expertos hagan las comparaciones necesarias. Entren, entren.

— ¡Es él! —chilló Rickshane—. Estoy seguro... El policía le miró severamente.

— Capitán, temo que ha sido mal informado o que ha sufrido una confusión — dijo—. Nos gusta que se cumpla la ley, pero nos desagrada enormemente que alguien nos haga perder el tiempo con estupideces de esta clase.

La cara de Rickshane aparecía roja de furia.

- Pero yo... me dijeron...

- ¿Quién se lo dijo, capitán? —preguntó York. Rickshane se mordió los labios.

— Tengo buenos amigos en la capital — respondió evasivamente—. Estoy buscando al hijo de puta que se amotinó e hizo que yo desviase mi nave.

En aquel momento, el otro policía regresó junto al grupo.

— Sargento, el caballero que ocupa esta habitación es el señor Grant York,

detective con patente estelar — informó.

York sonrió, a la vez que enseñaba su pasaporte galáctico.

— Compruébelo, sargento, por favor — solicitó. Unos segundos más tarde, el policía se llevaba la mano a la sien.

- Le ruego que me disculpe, señor — dijo—. Comprenda mi situación; la acusación había sido hecha formalmente.

- Usted ha cumplido con su deber, y no tiene nada que reprocharse, sargento — contestó York, con acento benigno —. En cuanto al despreciable sujeto que le acompaña, lo mejor será que se lo lleve de aquí cuanto antes. Está ofendiéndome con su sola presencia.

- ¡Usted ha jugado sucio! —aulló Rickshane—. Por muchas fábulas que cuente, vino en mi nave, con el nombre de Tom Baxter...

El sargento empujó rudamente al vociferante individuo.

— Capitán, salga de aquí y no moleste más al caballero— dijo—. A nosotros tampoco nos gustan las de mandas por errores en nuestra tarea, y podríamos hacérselo pagar caro, si no se calla de una vez. Adiós, señor York.

— Adiós, sargento — contestó el joven, apaciblemente. Al quedarse solo, York encendió un cigarrillo, con gesto lleno de preocupación. Lo que acababa de sucederle decía con toda claridad que Rickshane tenía amigos más poderosos de lo que podía imaginarse. En realidad, Rickshane debería estar preso por el contrabando de armas destinado a los idubianos, pero no sólo estaba libre, sino que había tratado de ponerle en un grave compromiso.

Rickshane no había sabido llegar solo a la conclusión de que había actuado bajo la identidad de Tom Baxter. Alguien le había puesto en antecedentes de su verdadera personalidad, y ese alguien sólo podía ser uno.

— Sithanur Glatus — dedujo, sin demasiadas dificultades.

El asunto del contrabando había sido fácilmente obviado. Sin duda, Sithanur había echado mano de todas sus influencias. ¿Estaban todavía las armas a bordo de la «Galaxy Stream»?

Había un medio de averiguarlo, se dijo, al mismo tiempo que se preparaba para entrar en acción, sin más pérdidas de tiempo.

* * *

La encargada de los pasajes era una chica muy simpática y amable, que se esforzó por complacer al cliente que acababa de llegar a su despacho.

- ¿Dos para Idub II? — repitió, como respuesta a la solicitud de York —. Bien, señor; yo le expediré los pasajes, pero antes le haré saber lo que dice la ley, respecto al viaje a ese asteroide. No me gustaría que se gastase el dinero en balde...

- No será un dinero gastado en balde, señorita — sonrió York.

- La ley dice que todo viajero que no cuente con la aprobación de Maddagh o de su consejo asesor, puede ser devuelto inmediatamente, por el mismo procedimiento empleado para el viaje o por otro cualquiera que dispongan las autoridades de Idub II. Repito que yo puedo expedirle los pasajes, pero, puesto que usted no me ha mostrado ese permiso, en nombre de la compañía, debo enterarle de que declinamos toda la responsabilidad.

- Acepto esas condiciones, señorita — dijo el terrestre, alegremente.

- Muy bien, señor; dígame su nombre y el de su acompañante...

— Grant York y Neria B'Othus.

Minutos más tarde, York abandonaba la oficina de viajes, con los pasajes en los bolsillos. Antes de una hora se encontraban en el apartamento de Neria.

La mujer se sorprendió al verle.

- No te esperaba... y en todo caso, pensaba verte a la noche...

- Quizá a la noche no estés en La Luna de Oro — dijo él—. ¿Te gustaría hacer un viaje a Idub II?

Neria respingó.

- ¿A ese asteroide? ¡Pero si no quieren visitantes! Son muy pocos los que consiguen una autorización...

- Yo la tengo —aseguró York—. Bien, ¿qué me contestas, preciosa?

Ella dudó un instante, pero acabó por aceptar.

- De acuerdo — exclamó—. ¿Cuándo?

- Ahora mismo.

- No estoy arreglada...

— ¿Tanto te va a costar? Sabes de sobra que en Idub II no se necesita apenas equipaje.

Neria suspiró.

- Es el único sitio donde me gustaría vivir — declaró —. Pero son muy xenófobos.
- No con todos — contestó York—. Vamos, arréglate; no tenemos mucho tiempo que perder.

Media hora más tarde, ataviada con un sencillo vestido, salía de su apartamento, acompañada del detective estelar. El aerotaxi seguía aguardándoles en la puerta. Al acomodarse en el asiento posterior, York dio una orden al piloto:

- ¡A la estación T. I. número doce!
- Bien, señor.

Sesenta minutos después, una azafata les hacía entrar en un cubículo de cristal, semejante a una cabina telefónica, pero de dimensiones muy superiores. York y Neria permanecieron en pie, completamente inmóviles,

A poca distancia, un individuo se hallaba sentado tras un cuadro de mandos que parecía mucho más complicado que el de una astronave. Las manos del sujeto se movieron sobre un teclado luminoso, en el que se encendían y apagaban las lámparas con singular rapidez.

De repente, todas las lámparas quedaron encendidas en color verde. Los cuerpos de York y Neria empezaron a esfumarse. Sus contornos se hicieron cada vez más imprecisos, hasta que las dos figuras desaparecieron por completo.

Un segundo más tarde, la estación de transporte instantáneo, situada en Idub II, reconstituyó los dos cuerpos. Uno de los nativos, completamente desnudo, a excepción de un brevísimo taparrabos, aguardaba en el exterior. En su brazo izquierdo se divisaba un aro dorado, indicador de su profesión.

- Soy el jefe de recepción Bailad — se presentó—. ¿Tienen el permiso de llegada a nuestro planeta? — solicitó a los viajeros.
- Jefe Barlad, te agradeceré hables con Maddagh, tu jefe — contestó el

joven—. Dile que ha llegado Grant York, de la Tierra, acompañado de una amiga, y que desea presentarle sus respetos.

Barlad estudió unos instantes a los recién llegados. Luego hizo un gesto de aquiescencia.

— Le llamaré inmediatamente — contestó.

CAPITULO VI

La nave aterrizó suavemente y la escotilla principal se abrió de inmediato. El capitán Rickshane asomó por el hueco, sonriendo, satisfecho. Esperaba una cálida recepción por parle de los idubianos. Les llevaba muchas mercancías y, lo que era más importante, un par de millares de rifles energéticos. El pago, en oro pesado, le convertiría en un hombre rico. «De esta hecha, me retiro del contrabando», pensó.

Un par de nativos le hicieron señas con las manos. Rickshane contestó de la misma manera. Luego, agarrando el micrófono situado junto a la escotilla, dio una orden:

— ¡Empiecen la descarga!

Dos escotillas más se abrieron en la parte alta de la nave. Dos grúas empezaron a descender bultos al suelo, en donde varios de los tripulantes se afanaban ya en el trabajo. Fuera de la nave, Rickshane mostraba su satisfacción por la llegada a Idub II sin contratiempos.

Pronto aparecerían sus clientes, con el «importe» de la mercancía. Iba a ser el viaje más fructífero de toda su existencia. Ahora le aguardaba una vida de holganza...

De repente, decenas, cientos de nativos, hombres y mujeres, todos ellos sucintamente ataviados con el triángulo de tela que era su única indumentaria, aparecieron de la espesura cercana, empuñando sendas lanzas de cinco metros de longitud. Los idubianos formaron un espeso círculo en torno a la astronave, con las puntas de las lanzas encaradas a los sorprendidos terrestres.

— Pero, ¿qué diablos pasa aquí? — gritó Rickshane—, ¿Qué broma es ésta?

Uno de los nativos, alto, fornido, con dos aretes de oro en los brazos y otros dos en los tobillos, adelantó varios pasos.

— No es una broma, capitán Rickshane — dijo—. Soy Maddagh, jefe de los idubianos, elegido por ellos y con autoridad suficiente en. el planeta para dictar leyes y hacerlas cumplir. Has traído contrabando, que te fue solicitado por algunos idubianos traidores a su propio pueblo, y eso sólo tiene un castigo.

Rickshane se puso a sudar en el acto.

- Maddagh, traigo mercancías muy valiosas... Te las regalo todas, pero

no me causes daño...

- No te causaré ningún daño físico, ni a ti ni a tus hombres, pierde cuidado — respondió el jefe, serenamente —. Pero cuando cargaste los rifles energéticos para traerlos aquí, sabías que contravenías nuestras leyes. Por tanto, debes sufrir el castigo consiguiente.

— Soy muy amigo de Sithanur.

— Sithanur no es aún el presidente, y carece de toda autoridad sobre Idub II — dijo Maddagh orgullosamente —. Además, ningún presidente intervendría en los asuntos internos de un planeta de la Federación. Nuestras leyes son respetadas, como nosotros respetamos las de los demás planetas.

- Bien, si es preciso, pagaré la multa...

- No habrá multa.

Rickshane sintió frío. Maddagh hizo un gesto con la mano, y un nutrido grupo de idubianos avanzó hacia la nave. Parte de ellos penetraron en el aparato, obligando a salir fuera a todos los tripulantes que aún se hallaban en su interior. Rickshane y sus hombres formaron un grupo muy apiñado. El temor se reflejaba en todos los rostros.

— No hay motivo para sentir miedo — declaró Maddagh—. Ahora oiréis la sentencia que he dictado, y ha sido aprobada por mi consejo asesor. Seréis trasladados a la estación T. I. y enviados, sin más que lo puesto, a Mikomir. La nave y todo su cargamento quedan confiscados.

La cara de Rickshane se puso gris.

— Va a ser mi ruina...

— Empezaste a arruinarte el día en que decidiste traer contrabando a Idub II —dijo Maddagh, fríamente —. No culpes a nadie de tus propias acciones. Viniste aquí sabiendo que cometías un delito, y debes atenerte a las consecuencias.

Medio centenar de lanzas se pusieron horizontales en dirección a los anonadados tripulantes de la nave. Como borregos, los terrestres se pusieron en marcha. Rickshane sollozaba de rabia y de vergüenza. De pronto, vio un rostro conocido.

- ¡Usted! —dijo, ahogándose de furia. York sonrió plácidamente.

- Buen viaje, capitán—contestó.

- Volveremos a vernos.

— Le aconsejo que pida un pasaje de vuelta, de pobre, para la Tierra — dijo el joven fríamente —. Puede que la próxima vez que nos veamos le suceda algo mucho peor que perder su nave y su carga.

Rickshane se había detenido un instante, pero la lanza de uno de los nativos le obligó a continuar la marcha. Sin dejar de caminar, se volvió hacia el joven y blandió el puño.

— ¡Me la debe, York! No lo olvide...

— Te has ganado un enemigo muy peligroso — dijo Maddagh, al observar la actitud de Rickshane.

York se encogió de hombros.

— Lo tendré en cuenta, aunque, desde luego, él no es mi peor enemigo — respondió.

Los prisioneros se alejaban, rodeados por sus captores. York volvió la vista hacia la nave. Entonces, Maddagh le hizo una pregunta:

- Me has hecho un enorme favor—dijo—. ¿Qué puedo hacer para expresarte mi gratitud?

- La nave tendrá que ser enviada con piloto automático, en una órbita que la lleve hasta vuestro sol — murmuró el joven como si hablase consigo mismo —. ¿Qué harás con las armas?

— Pueden ir a quemarse en el sol — respondió Maddagh—, como el resto de la mercancía. Pero te he hecho una pregunta...

York se volvió hacia Neria, que estaba a poca distancia. La joven había adoptado la breve indumentaria de los nativos. Todo su atavío consistía en un triángulo de tela, sujeto a las caderas por una simple cinta.

— Neria, me dijiste que te gustaría quedarte a vivir en Idub II.

— Sí, Grant.

— Es una existencia muy tranquila y apacible, pero también primitiva. Tal vez eches de menos, algún día, ciertas comodidades.

- No lo creo — respondió ella. York se volvió hacia el jefe.

- Ya tienes mi respuesta, Maddagh — manifestó. Maddagh sonrió.

- Puede quedarse, pero tú recuerda una cosa: si algún día me necesitas, llámame. Yo y mis hombres acudiremos a ayudarte, adonde sea, sin importarnos las consecuencias.

- Gracias — contestó York, escuetamente —. Si no te importa, voy a hacer que despegue la nave. Ordena que quemen las mercancías desembarcadas.

— De acuerdo.

Una hora más tarde, York dio un cálido abrazo a Neria.

- Adiós, preciosa. Te deseo mucha suerte Neria tenía los ojos llenos de lágrimas.

- Nunca te olvidaré, Grant.

— En Idub II hay muy buenos mozos —dijo él, alegremente. Estrechó la mano de Maddagh, y echó a andar hacia la estación de transporte instantáneo. Cinco minutos más tarde, se hallaba de vuelta en Mikomir.

* * *

Elphyna le aguardaba en su habitación, hirviendo de furia.

— Casi dos semanas — dijo, colérica, al verle aparecer por la puerta —. Casi dos semanas sin la menor noticia...

— He tenido trabajo — contestó él tranquilamente—, No irá a pensar que he estado chupándome el dedo todo el tiempo.

Elphyna le miró de arriba abajo. York había permanecido casi diez días en Idub II, lo que había sido más que suficiente para que su rostro adquiriese un agradable color tostado.

- ¿En qué playa ha estado «trabajando»? — preguntó, sardónica—, ¿Era guapa la chica que tenía al lado?

- Preciosa — dijo York, sin inmutarse—. Un auténtico bombón, aunque la hubiera cambiado por usted, sin vacilar—. Se quitó la blusa y la camisa, y su poderoso torso quedó al descubierto —. Han sido unos días realmente agradables, créame.

En cierto modo, decía la verdad. Mientras aguardaba el aterrizaje de la nave de Rickshane, había descansado en Idub II, dedicado por completo a la holganza, en aquel pequeño mundo, de clima tan parecido al de las paradisíacas islas del Pacífico Sur. Comprendía muy bien los anhelos de Neria, y tenía la seguridad de que la mujer sabría encontrar allí su felicidad.

- Se va a desnudar delante de mí — resopló Elphyna.

- Voy a darme un baño — contestó él, tranquilamente—. ¿Prefiere aguardarme y cenar juntos?

- No. Sólo quiero que me diga lo que ha conseguido hasta el momento.

— Espere unos segundos, por favor.

York se metió en la bañera, poco después. Entonces, llamó a la muchacha.

— Hablaré mientras me relajo — dijo él.

Elphyna le escuchó con gran atención. Al terminar, exclamó:

- No tenía la menor idea de que fuese tan buen amigo del jefe Maddagh.

- Hace tiempo le avisé de otro contrabando, y lo ha tenido en cuenta — respondió York—. Dos años atrás, hice un viaje de turismo, y conseguí un pase para visitar Idub II. Me pareció un pequeño paraíso, y pensé que no estaría bien que los desaprensivos lo convirtieran en un infierno.

- Maddagh tiene mucha influencia en la Federación. Sus palabras son escuchadas siempre, y sus decisiones, respetadas casi sin discusión.

- Lo sé. Por eso le digo que he estado trabajando en la renovación de esa amistad, que puede resultarnos muy útil. Además, he conseguido otras cosas...

- ¿Por ejemplo?

- Información sobre Saturno II.

- Oh... Eso está mejor, Grant.

— Muchas gracias. Y ahora, puesto que no quiere cenar conmigo, vaya y contrate una nave sin piloto, para viajar a Saturno II. Partiré pasado mañana al amanecer.

- Yo viajaré con usted — dijo ella impulsivamente.

- Si lo prefiere...

- Debo hacerlo, para identificar los documentos. Sithanur es muy astuto; ha podido preparar unas copias, y sólo los originales servirán para apoyar mis pretensiones. Debemos cubrir todas las eventualidades, ¿no le parece?

- Sí, es una buena idea — aprobó York, mientras se movía en la bañera llena de espuma. Sonrió—. No sabe lo bien que se vive en Idub II, sin necesidad de ropajes incómodos...

Elphyna se sonrojó vivamente.

— Me gusta ir vestida — respondió.

- Estaría preciosa con la indumentaria idubiana, se lo aseguro.

- Estoy mucho mejor así. ¿Ha dicho pasado mañana?

— Al amanecer — repitió él, firmemente.

* * *

El hombre estaba sentado en el suelo, bostezando aburridamente en ocasiones. La casa de Elphyna destacaba en la oscuridad, a unos quinientos metros de distancia. De cuando en cuando el vigilante se llevaba a los ojos unos prismáticos. El edificio en forma de seta aparecía silencioso y en tinieblas. Nadie se movía en su in**46 —**

El hombre estaba sentado en el suelo, bostezando aburridamente en ocasiones. La casa Elphyna destacaba en la oscuridad, a unos quinientos metros de distancia. De cuando en cuando el vigilante se llevaba a los ojos unos prismáticos. El edificio en forma de seta aparecía silencioso y en tinieblas. Nadie se movía en su interior ni nadie, excepto la dueña, había entrado o salido del mismo, en las últimas veinticuatro horas.

De repente, el vigilante sintió un ligero picotazo en el lado derecho del cuello. Instintivamente, se dio un golpe con la mano en aquel lugar, a la vez que maldecía a los molestos insectos.

Pero unos segundos más tarde, se puso rígido y cayó a un lado. Entonces, una silenciosa sombra brotó de las tinieblas inmediatas. York se arrodilló al lado del caído.

Con la mano izquierda lo sostuvo para que se sentase de nuevo. En la derecha tenía una pastilla, que introdujo entre sus labios, haciéndola pasar al otro lado de los dientes. Cinco minutos después, la saliva había disuelto la pastilla.

- Estás despierto — dijo York a inedia voz.

- Sí, señor.

— Escucha bien esto que voy a decirte: cuando llames a tu jefe para informar, dile que todo sigue bien. ¿Me has entendido?

- Sí, señor.

- Elphyna D'Akba sigue en su casa.

- Sí, señor.

York sonrió, mientras se separaba del vigilante. El narcótico duraría varias horas. Nadie sabría de su presencia en aquel lugar, hasta que fuese demasiado tarde.

Repitió la operación cinco veces más. Los seis vigilantes que formaban un férreo cerco en torno a la casa quedaron bien pronto sujetos a la acción del hipnótico, que les haría olvidar cuanto viesen y oyesen, a excepción de lo que le interesaba a York.

Elphyna dormía apaciblemente, cuando, de pronto, despertó al sentir una mano que le tocaba en el hombro.

- Vamos, arriba, vístase — oyó una voz de. hombre. Asustada, Elphyna se sentó de golpe en la cama.

- ¿Qué hace usted aquí? Voy a llamar a la Policía...

— ¿De veras? — sonó una risita burlona—. Preciosa, tiene diez minutos para vestirse o se nos hará demasiado tarde.

Elphyna reconoció a su inesperado visitante.

— Habíamos quedado en que despegaríamos al amanecer...

York echó a andar hacia la puerta del dormitorio.

- No estoy seguro de que no hayan conseguido averiguar nuestros planes — manifestó—. Por eso han sufrido una ligera variación, y tengo otra astronave dispuesta.

- Me ha estado empleando como cebo — se indignó ella.

York se volvió, desde la puerta.

— Lo que cuentan son los resultados — dijo —. ¿O ha cambiado de parecer con respecto a la recuperación de los títulos de propiedad?

Los labios de Elphyna se contrajeron.

- A veces, me parece que tengo un anillo de la nariz, y que usted tira de la cuerda cuando le parece — exclamó hirientemente.

- Nunca se me ocurriría estropear una nariz tan bonita con dos agujeros para ese anillo — contestó él, muy serio.

CAPITULO VII

La nave volaba a velocidades inconmensurables. El radar de larga distancia actuaba casi constantemente, desviando el aparato con tiempo suficiente para eludir la colisión con alguno de los innumerables cuerpos celestes que pululaban por aquella zona del espacio. Los leves retoques en la dirección de la nave no eran, sin embargo, dañinos para sus ocupantes, debido al escaso ángulo de los mismos, inferior en muchas ocasiones a medio grado, y realizados con la suficiente suavidad para evitar perjuicios o lesiones corporales. Sentada junto al piloto, Elphyna no se había recobrado todavía de la sorpresa producida por la inesperada acción de York.

Después de un prolongado silencio, formuló una pregunta:

— ¿Cree que les habremos engañado?

- Por el momento, si — respondió él —. Usted hizo las gestiones de una forma normal, sin ocultarse en ningún momento de los espías de Sithanur.

- ¿Cómo podría haberlo hecho de otro modo? Yo no tengo su experiencia...

- Lo sé. Ellos también me vigilaban, pero logré engañarlos.

- Dígame el procedimiento, por favor; me siento muy curiosa.

York sonrió.

- Todavía es pronto — dijo.

- Se cambió de aspecto.

- Claro.

- Me gustaría saber una cosa, Grant.

— Si puedo contestarle...

— ¿Le gusta su profesión?

- Tiene sus atractivos.

- Pero también es peligrosa.

- Lo admito.

— Y, según tengo entendido, se necesitan grandes conocimientos para conseguir la licencia de detective es telar.

— Muy cierto.

- Sin embargo, un detective estelar es responsable de los daños que ocasiona a terceros, si acepta encargos que puedan resultar contrarios a la ley.

- ¿Es contrario a la ley tratar de recuperar unos documentos que le fueron robados?

- Yo he podido engañarle. Si eso resultase ser verdad, usted se vería en un serio compromiso.

- Cuando vino a mi casa, disfrazada de abuelita Aghoura, tomó una taza de té. ¿Lo recuerda?

— Sí, desde luego.

— Había en el té una cantidad infinitesimal de suero de la verdad, lo suficiente para que yo supiera que sus palabras eran sinceras. Si hubiese intentado engañarme, no habría podido, porque se habría descubierto a sí misma, de forma inexorable.

Elphyna dio un bote en su asiento.

— Yo no advertí nada...

- Ya he dicho que tomó una cantidad muy pequeña de la droga, lo suficiente para hacerle decir la verdad, pero sin secuelas posteriores en su organismo y en su mente.

- ¿Qué habría pasado si me hubiese dado una dosis mayor?

- Habría hecho de usted lo que se me antojase, lo mismo que hice con los espías que vigilaban su casa..

Elphyna conocía el procedimiento empleado por York para franquear la barrera de espías. Pero también se imaginó algo mucho peor.

- Si... si esa dosis hubiera sido más intensa, yo... yo habría estado enteramente a... a su disposición...

- No se preocupe. Jamás he usado el suero de la verdad para esa clase de asuntos. No me gustaría amar a una mujer sin que ella fuese plenamente consciente de que lo hacía por su propia voluntad — declaró York tajantemente.

- Entonces, debo respirar aliviada — dijo ella, con no poca ironía.

- Puede estar tranquila. Es usted una mujer encantadora, pero no habrá nada entre nosotros, a menos que usted misma lo desee.

- No lo deseo, Grant — contestó ella con voz tensa.

- Nadie se lo ha pedido.

— Está bien — dijo Elphyna molesta —. Hablemos de otra cosa. ¿Cómo piensa llegar a Saturno II?

- Llegar es fácil Pensemos mejor en la salida.

- Tendrá algún plan trazado.

— A veces, los planes mejor estudiados tienen un fallo de última hora, y es preciso modificarlos sobre la marcha. Sí, tengo una idea que creo es buena, pero para ponerla en práctica es preciso que hagamos antes dos cosas: aterrizar en Saturno II y conseguir los documentos.

- Y luego, abandonar el planeta.

- Justamente.

En aquel instante, y antes de que pudieran continuar la conversación, se encendió una luz en la negrura del espacio.

Elphyna se alarmó. —¿Qué es eso?

York frunció el ceño. La luz seguía en aumento, lanzando gigantescos rayos multicolores en todas direcciones. Uno de los instrumentos de a bordo empezó, de pronto, a emitir agudos tañidos.

— Será mejor que te pongas el arnés de seguridad total — aconsejó a la muchacha, tuteándola inconscientemente—. Me parece que antes de muy poco vamos a bailar como condenados.

Una larga ráfaga de luz azulada se disparó súbitamente hacia la nave. Elphyna chilló, asustada, pero el dardo luminoso retrocedió, como si fuese una serpiente, después de un frustrado ataque.

— ¡Vamos, el arnés! —gritó York perentoriamente—. Estamos encima de una tormenta cósmica, y no creo que podamos eludirla.

La muchacha pulsó un botón situado en el brazo de su asiento. Inmediatamente se sintió envuelta en una especie de funda de momia, acolchada en su interior y muy ajustada a su cuerpo. Sólo los ojos quedaban al descubierto, aunque protegidos por unos cristales oscuros, muy espesos, que evitaban, el dañino efecto de un resplandor de excesiva intensidad.

Entonces, sin tiempo para virar ceñidamente, debido a la velocidad, la nave se zambulló de lleno en el seno del huracán cósmico.

* * *

Durante un tiempo, que les pareció agónicamente interminable, la nave fue de un lado para otro, zarandeada como hoja seca en un vendaval. A pesar de la protección de los trajes, sentían agudos dolores en todas las regiones del cuerpo. York había desistido de gobernar el aparato, sabiendo que sus motores eran infinitamente menos potentes que la tempestad.

De cuando en cuando, se producían unos ruidos que ponían los pelos de punta. York pensó más de una vez en choques con meteoritos desplazados por la tormenta. El radar anticolisión no servía para nada.

A pesar de la protección de los vidrios oscuros, los relámpagos luminosos herían sus retinas con fulgores intolerables. Era una especie de tornado cósmico, absolutamente silencioso, en el que las radiaciones electromagnéticas tenían una parte importantísima. York confiaba en la resistencia del casco, pero no cabía eludir la posibilidad de un impacto desastroso. Hasta entonces, todos los choques con corpúsculos sólidos se debían a trozos de asteroide, desplazados por la propia tormenta. Pero sin gobierno, con el radar anticolisión fuera de servicio, si chocaban con un fragmento de piedra que, a su velocidad natural uniese la recibida de la tormenta, podían considerarse como muertos.

La única ventaja estribaba en que no se enterarían siquiera de la catástrofe.

En los indicadores, las agujas giraban enloquecidas. Saltaron algunos vidrios protectores. Sonaron ruidos de roturas de metales, fatigados por una tensión para la que no estaban calculados. York empezó a desesperar de sobrevivir a la tormenta.

Y, de pronto, cuando menos lo esperaba, de una forma brusca y apenas sin transición, sobrevino la calma.

Los resplandores desaparecieron y sobrevino la agradable oscuridad del espacio, en donde sólo brillaban las estrellas. York, con el cuerpo dolorido a causa de los golpes recibidos, pese a la protección del traje de seguridad total, se relajó en su asiento.

Apretó el botón de desconexión, y el arnés dejó de presionar su cuerpo. Volvió la cabeza y sintió un escalofrío.

Elphyna aparecía completamente inmóvil en su asiento.

Era indudable que no había podido resistir los efectos de la tempestad cósmica. El mismo, en ocasiones, había creído perder el sentido, pasando por momentos agónicos, que le habían hecho pensar que estaba a punto de morir. Poniéndose en pie, dio la vuelta y presionó el botón correspondiente al arnés de la muchacha. Elphyna seguía inmóvil, terriblemente pálida, aunque seguía respirando. Conectó el piloto automático, la alzó en brazos y caminó hacia el camarote que ocupaba ella durante el viaje.

* * *

Cuando la muchacha abrió los ojos, se percató de que estaba acostada en su litera, con el cuerpo envuelto en una manta. York entraba en aquellos instantes, con un extraño aparato en las manos. Era como una gran caja, que pendía de su hombro izquierdo por una correa, a la cual estaba unido un largo tubo flexible, rematado en un cilindro delgado, que tenía todo el aspecto de un micrófono corriente.

— ¿Qué me ha pasado? — preguntó ella, con voz débil.

— Será mejor que guardes silencio — aconsejó York —. La tormenta ha sido muy fuerte, aunque hemos podido salir adelante. Yo estoy bien, pero quiero comprobar si tienes alguna lesión.

York apartó la manta y dio media vuelta a una llave que había en la caja. Luego, con el aparato parecido a un micrófono, empezó a recorrer todo el cuerpo de la joven, manteniéndolo constantemente a unos cinco centímetros de su epidermis.

Cinco minutos más tarde, le dio una orden:

— ¡Vuélvete boca abajo!

Elphyna obedeció. York repitió la operación y, al terminar, hizo girar la llave en sentido contrario. Dejó la caja sobre una mesa, presionó una tecla, y vio que se encendía una pequeña pantalla en una de sus caras. Una línea verde, de

trazado ondulado, empezó a desfilar rápidamente por la pantalla. A los dos minutos, la línea dejó de verse.

- Perfecto — exclamó él, satisfecho—. No tienes nada, salvo el aturdimiento propio de lo ocurrido. Pero convendría que siguieras todavía un rato en la cama. Ahora te traeré una taza de café...

- ¿Qué chisme es ése? — inquirió Elphyna, llena de curiosidad.

- Un diagnosticador de lesiones y enfermedades. Mientras la línea que aparece en la pantalla tenga color verde, no hay cuidado. Cuando algún sector de la misma tiene color rojo o amarillo, entonces sí es preciso preocuparse. El color rojo es para las lesiones físicas y el amarillo para las enfermedades, y el aparato diagnostica, de inmediato, el lugar donde se localiza la lesión o la clase de enfermedad y, por supuesto, el tratamiento.

— Vamos, el médico mecánico — dijo ella, irónica.

— Algo por el estilo. Bien, sigue ahí, volveré en se guida.

El café hizo que Elphyna se sintiese mejor. Ella comprendió que, gracias al arnés de seguridad total, había podido salvarse; de no haber sido por aquel útil traje, ahora estaría convertida en pulpa. Relajándose en la litera, cerró los ojos.

Cuando se sintió mejor, fue al puente de mando. York estaba sentado ante los controles. Delante de ellos, a unos centenares de miles de kilómetros de distancia, se divisaba el plateado brillo de un astro.

— ¿Qué planeta es ése? — inquirió la muchacha.

— No tengo la menor idea, ya que no figura en las cartas de la Federación. Lo único que puedo decirte es que vamos a tener que tomar tierra en él.

— ¿Por qué?

— La tormenta ha estropeado algunos aparatos, entre ellos el calculador automático de rumbos y el localizador posicional. Mientras estén averiados, no podemos seguir volando y, por supuesto, me es imposible repararlos en el espacio. Quizá esas operaciones, en el supuesto de que den buen resultado, me lleven semanas enteras de tiempo.

Elphyna se aterró, al conocer la noticia.

- Faltan sólo ocho para la proclamación de Sithanur como presidente — exclamó.

- Lo siento, es todo cuanto puedo decirte. Y, hablando con franqueza, me fastidiaría muchísimo que ese granuja se saliese con la suya.

— ¿Por qué? Tú no tienes ambiciones políticas...

— Pero perdería los cinco millones que me has ofrecido.

— De modo que sólo actúas por dinero.

— Elphyna, ¿viniste a buscarme pidiendo piedad o enseñando la «pasta»?

Ella enrojeció, al captar el reproche.

— Lo siento — murmuró.

— No te preocupes por mis sentimientos. Preocúpate, en todo caso, por ti misma, ya que va a resultar muy difícil que lleguemos a tiempo de evitar que Sithanur sea proclamado presidente.

— ¿Te sientes pesimista?

— Tengo la impresión de que esa tormenta cósmica fue provocada deliberadamente para conseguir que nos perdiéramos en el espacio, si por casualidad lográbamos sobrevivir — respondió él dramáticamente.

CAPITULO VIII

Los detectores útiles habían señalado la habitabilidad del planeta desconocido. Después de algunas vueltas de exploración en torno al mismo. York había decidido aterrizar en las inmediaciones de una corriente de agua, con abundante vegetación en la tierra firme. La nave, sustentada por las patas del tren de aterrizaje, permanecía cerca de un grupo de árboles semejantes a álamos, aunque de unos treinta y cinco o cuarenta metros de altura media

El suelo abundaba en césped y se veían (lores de extraños aspectos v agradables a la vista. Puesto que, por el momento, Elphyna no tenía ningún papel que realizar, York le aconsejó que se entregase al descanso, sin preocuparse de él en absoluto.

— Al menos, me dejarás ocuparme de la cocina — so licitó ella.

- Bueno.
- Si pudiera cazar...
- No hay armas a bordo. Nunca me gusta usarlas. Prefiero, aunque parezca inmodestia, emplear la inteligencia. Y los puños, en ocasiones, claro.
- En tiempos, yo era aficionada a la caza. Trataré de conseguir carne fresca.
- Pero no te alejes demasiado. Desconocemos la clase de vida que hay en este planeta. Puede haber animales peligrosos.

— Tendré cuidado, no te preocupes.

La temperatura, en ocasiones, alcanzaba cotas de hasta 40 grados centígrados, por lo que York, a fin de ahorrar energía, prefería trabajar al aire libre, a la sombra de la nave. Había instalado allí una gran mesa, y tenía completamente despiezado el marcador de rumbos, tratando de hallar la avería que lo había inutilizado. Debido al ambiente, estaba casi desnudo, excepto por un pantalón corto, que le permitía trabajar con más comodidad.

Los días pasaban lentamente. Desmontar el marcador de rumbos le llevó más de una semana. Luego inició el análisis de las piezas. Otra semana más tarde, descubrió que el cable de una de las conexiones se había fundido, volatilizándose por completo.

El cable, aparte del aislamiento, tenía un calibre específico, y su longitud no era superior a los cinco centímetros, por lo que, en apariencia, era fácil reemplazarlo. Pero York sabía que le iba a resultar muy difícil conseguir un trozo exactamente idéntico, debido a que un error de media centésima en el grueso podía hacer que el aparato continuase inutilizado.

Cuando meditaba sobre la forma en que podría realizar la operación, vio llegar a Elphyna, con algo peludo sobre los hombros.

La muchacha había aligerado también sus ropajes, y vestía un traje de dos piezas, que cubría lo más indispensable de su cuerpo, el cual había adquirido ya un agradable color tostado, lo mismo que su rostro. Sonriendo satisfecha, dejó caer al suelo el animal que había cazado, mediante el arco y las flechas que ella misma se había construido.

— Esta noche tendremos asado — dijo, con la sonrisa en los labios.

A pesar de sus preocupaciones, York no pudo por menos de sentirse admirado. La pieza conseguida por la muchacha tenía todo el aspecto de un conejo terrestre, aunque con un volumen muy superior.

— Tienes todo el aspecto de Diana cazadora — dijo él.

— No conozco a esa señora. Será amiga tuya, supongo. York ocultó una sonrisa.

— Es un personaje mitológico — contestó —. Bueno, preciosa, por hoy, voy a dejar el trabajo. He localizado la avería del marcador de rumbos. Si consigo repararla, tendremos hecha la mitad del trabajo. Entonces, será cosa de meterle mano al localizador posicional.

- ¿Qué pasará si no lo consigues? — preguntó Elphyna.
- Debería tener a mano la historia de Robinson Crusoe. Ese libro te haría saber cuál puede ser nuestro futuro, si no consigo dejar los aparatos en perfecto estado de funcionamiento.

Aquella noche, junto a la hoguera encendida para asar la presa, conversaron apaciblemente, durante un buen rato. De pronto, Elphyna, que estaba recostada en el suelo, se irguió vivamente.

- Sé que estamos aquí por culpa de una tormenta cósmica, pero no me has dicho todavía cómo consiguió provocarla Sithanur — exclamó.
- Examiné la cinta registradora, al desmontar el marcador de rumbo. Los

ojos son poco rápidos en ocasiones; por eso no vimos el trazo del cohete que alguien disparó contra un asteroide, convirtiéndolo en pocos segundos en una estrella «nova».

- Lo hicieron explotar artificialmente — se asombro ella.

- Exacto. La explosión del cohete provocó la del asteroide, en el sentido más absoluto de la palabra. Todo ese cuerpo estelar se convirtió en energía pura, que se expandió por el espacio, a la velocidad de la luz. De haber estado más cerca, créeme, ahora estaríamos convertidos en pavesas.

— Lo cual significa que Sithanur estaba enterado...

— Tiene un excelente servicio de información y, cuan do vio que no embarcábamos en la nave que tú habías contratado, receló algo. No cabe la menor duda de que está preparado para cualquier eventualidad y, cuando estuvo seguro del lugar en que 'nos hallábamos, ordenó a sus esbirros pasar a la acción.

— Entonces, nos cree muertos.

— Posiblemente, aunque tratará de cerciorarse de ello. Ten en cuenta que si había alguna nave suya en las in mediaciones, la tormenta cósmica habrá alterado duran te unos momentos sus detectores. Es posible que nos hayan perdido la pista después, pero, aunque sospeche que seguimos con vida, tiene la seguridad de que estamos fuera de combate.

— Faltan sólo cinco semanas, Grant.

— Lo sé, pero si, en dos más, consigo' dejar la nave en condiciones de funcionamiento, podremos lanzarnos al asalto de Saturno II.

— ¿Lo conseguiremos?

York señaló la mesa de trabajo, situada a una docena de metros de distancia.

— Lo importante es salir de aquí y lograr averiguar la situación. El resto será difícil y duro, pero no imposible— contestó.

Tres días más tarde, el marcador de rumbos estaba montado de nuevo. Antes de probarlo, York, sometido a una fuerte tensión durante las semanas precedentes, quiso relajarse con un baño en el arroyo situado en las inmediaciones. Elphyna había salido de caza, y tardaría bastante en regresar. A aquellas alturas, ya sabían que en el planeta, por lo menos en la zona en que

se hallaban, no existían animales feroces.

Durante largo rato, nadó lentamente en las frescas aguas, sintiendo que el nerviosismo que le había poseído hasta entonces se alejaba gradualmente. Ahora sólo tendría que ocuparse del localizador de posiciones, aparato mucho menos complicado que el otro. Ciertamente, tenía también numerosas piezas, pero eran más sencillas y fáciles de construir las inutilizadas por la tormenta cósmica.

Después del baño, se secó al sol. Luego se puso los pantalones y, con los zapatos en la mano, sintiendo en los pies la fresca caricia de la hierba, se encaminó hacia la nave. Cuando se hallaba a unos veinte metros, oyó risas y voces burlonas.

Elphyna protestó agudamente. Alguien lanzó una obscena interjección.

— La chica está apetitosa, capitán — dijo un hombre.

— Dejémonos de tonterías — exclamó alguien, en cuya voz York reconoció instantáneamente a Rickshane—. Hemos venido a hacer un trabajito y, cuanto antes lo tengamos listo, mejor para todos. ¡Vamos, a la tarea!

Sonaron algunos golpes, que York se imaginó propinados con martillazos y otras herramientas. El corazón le sangró; aquellos bárbaros le estaban destrozando el marcador de rumbos.

Sithanur era muy astuto, pensó. Para sus trabajos sucios, al menos en aquella ocasión, empleaba a extranjeros. Rickshane tenía sobrados motivos de resentimiento contra él. En el peor de los casos, Sithanur quedaría siempre a cubierto.

Elphyna chilló. York oyó el inconfundible chasquido de una bofetada. La sangre se agolpó en su rostro, pero, pesé a todo, se esforzó por mantener la serenidad.

Estaba oculto por unos arbustos, y separó un poco los ramajes para contemplar a Rickshane y sus esbirros. Sí, allí estaba el venal capitán y dos de sus secuaces más fieles: Hu, el chino, y Petrelli, el europeo.

Hu y Petrelli disponían de sendos martillos, con los cuales golpeaban sañudamente el recién reconstruido marcador de rumbos. La caja de protección era muy fuerte, y tardarían bastante en romperla. Pero los golpes recibidos por el aparato, ya no cabía la menor duda, habían destruido inevitablemente sus delicados mecanismos interiores.

Agachándose de nuevo, York buscó por el suelo. No tardó en encontrar tres piedras como el puño. Irguiéndose totalmente, balanceó el brazo derecho.

La primera piedra alcanzó a Hu en el parietal derecho, haciéndole caer fulminado. Petrelli y el capitán, asombrados, se volvieron en el acto.

Una segunda piedra voló por los aires con terrible ímpetu y chocó contra el rostro de Petrelli, quien lanzó un atroz rugido, antes de caer de espaldas, arrojando chorros de sangre por boca y narices. Enloquecido por la furia, Rickshane intentó echar mano a una pistola energética que llevaba al cinto, pero la tercera piedra, lanzada con no menor puntería que las anteriores, chocó contra el lado derecho de su cráneo. Rickshane cayó como una masa inerte.

York atravesó los matorrales. Elphyna corrió a su encuentro, gritando histéricamente.

— Han destrozado el marcador de rumbos... No podremos despegar de este planeta...

York la sujetó por los hombros.

— Cálmate — dijo—. Nada se ha perdido aún. Por el contrario, si tenemos un poco de suerte, podremos ganarlo todo.

— ¿Tú crees? — dudó ella.

— Estoy moderadamente seguro, aunque antes tengo que hacer un pequeño trabajito, para evitar molestias.

York se inclino sobre Rickshane, le quitó la pistola y se la entregó a la muchacha.

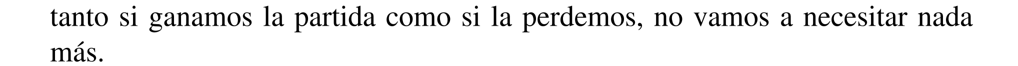
— Mantenlos quietos —ordenó—. Si alguien intenta atacarte, dispara sin vacilar.

— De acuerdo — contestó Elphyna, algo más calmada.

— York corrió a la nave, de la que salió un cuarto de hora más tarde, cargado con una mochila que llevaba a la espalda y tiras de tela, hechas de sábanas. El único que había recobrado el conocimiento era Petrelli, pero la muchacha lo mantenía inmóvil, bajo la amenaza de la pistola.

York lo ató fuertemente, y luego se volvió hacia Elphyna:

— Ve a tu camarote y vístete — ordenó —. No te preocupes del equipaje;


tanto si ganamos la partida como si la perdemos, no vamos a necesitar nada más.

— Está bien.

Cuando Elphyna regresó, Rickshane y Petrelli estaban también atados. Entonces, York la cogió de la mano.

— Ellos han llegado en su nave—dijo—. ¿La viste aterrizar?

— No. Estaban aquí cuando yo llegué...

York paseó la vista por los alrededores. El terreno era en general llano, con suaves ondulaciones, las cuales formaban hondonadas en las que resultaba fácil la ocultación de una nave espacial. Seguramente, pensó, habrían llegado en vuelo rasante, tras las correspondientes operaciones de exploración y localización.

- Podían haber usado cohetes para destruir nuestra nave — dijo Elphyna, de pronto—. ¿Por qué no lo han hecho?

- El contrabando está severamente castigado, pero, como has podido apreciar, Rickshane ha sabido evitar el problema. Sin embargo, si le atrapasen con un cohete a bordo, ni el propio Sithanur, ya presidente, podría evitarle una condena a cadena perpetua — contestó York—. Bien —añadió—, no vamos a tener más remedio que explorar a pie. ¡En marcha!

Treinta minutos más tarde, descubrieron la brillante masa de la «Galaxy Stream», posada en una vaguada de unos cien metros de profundidad. En torno a la misma se veían moverse las figuras de algunos de sus tripulantes.

Tumbados de pechos en el suelo, York y Elphyna contemplaron los movimientos de los contrabandistas, desde unos trescientos metros de distancia. La muchacha se sintió preocupada en el acto.

- El terreno está en pendiente, pero es muy despejado. No podremos acercarnos sin que ellos nos vean a distancia suficiente para abrasarnos con sus pistolas energéticas — alegó.

- Tengo un plan mejor — dijo él —. Elphyna, ahora tú irás a dar un rodeo, para situarte al otro lado de la hondonada. Te costará treinta minutos aproximadamente. No te apresures; lo que cuenta es la seguridad, ¿entiendes?

- Sí, pero, ¿qué harás tú?

- Ya lo sabrás. Anda, empieza a caminar.

La muchacha se alejó, procurando no ser vista en ningún momento. Media hora más tarde, se hallaba en e! lugar señalado por su acompañante.

Los contrabandistas continuaban inquietos y nerviosos. De pronto; Elphyna vio que uno se desplomaba como fulminado.

Los demás cayeron, sucesiva y rápidamente. Elphyna se sentía desconcertada, porque no comprendía en absoluto lo que sucedía. No obstante, recordando las instrucciones recibidas, permaneció en el mismo sitio.

Al cabo de un buen rato, vio bajar a York por la pendiente del otro lado. El joven se llevó dos dedos a la boca, y emitió un agudo silbido.

Elphyna se levantó y echó a correr en el acto.

— Esto parece cosa de magia — exclamó, al hallarse junto al detective —. ¿Cómo lo has conseguido?

York sonrió maliciosamente.

— Simplemente, deseé que perdieran el sentido — respondió.

Ella le miró de reojo.

— No te creo.

La mano de York se posó en su brazo.

— Anda, vámonos — dijo—. Tenemos una astronave, conocida por los esbirros de Sithanur, lo cual nos va a permitir llegar sin dificultad a su guarida.

— Lo peor será el regreso — objetó la muchacha.

— No resultará muy difícil, te lo aseguro — contestó él. Elphyna se percató del tono confianzudo, pero en modo alguno fanfarrón de su acompañante y, en aquel momento, presintió que acabarían por conseguir el objetivo deseado.

CAPITULO IX

York oyó alegres carcajadas y voces de complacencia, pero, atareado en marcar el rumbo de la astronave, no prestó la menor atención a lo que sucedía a sus espaldas. Al cabo de unos minutos, Elphyna apareció en el puente de mando.

— Eh, ¿qué te parezco? ¿Verdad que soy otra? — ex clamó ella, vivamente satisfecha.

York se quedó estupefacto al contemplar el atavío de la muchacha. Elphyna vestía un traje de seda, estrepitosamente rojo, con adornos negros, terriblemente escotado y muy ceñido hasta las caderas. Las medias eran negras y los zapatos tenían un altísimo tacón, de doce centímetros. En torno a los cabellos ostentaba una diadema de metal dorado; adornada con plumas y piedras que despedían vivísimos fulgores.

- Hay baúles enteros de trajes como éste en la bodega de carga — exclamó, con los ojos muy brillantes —. He visto, además, sedas con unos dibujos preciosos, collares, joyas... ¡Es un auténtico tesoro, créeme!

- ¿Piensas quedarte con él? — preguntó York, algo más repuesto de su sorpresa.

- Pues... al menos, lo tomaré como compensación de la nave que nos ha inutilizado ese pirata.

- Desde luego, la compensación es justa, puesto que tendrás que pagarla. Pero si quieres un consejo, olvídate de ese tesoro, salvo, en todo caso, de las sedas, si son auténticas.

- No lo entiendo — dijo ella, perdida la sonrisa repentinamente.

— Las joyas y los collares son bisutería pura. En cuanto a los trajes, sobre todo los que son como el que llevas puesto, olvídalos. 0 te confundirán con una prostituta de Hethmir IV.

— No — exclamó Elphyna.

York movió la cabeza arriba y abajo.

- Quieres ser la presidente de la Federación, pero conoces muy poco de los mundos que la componen — dijo.

- Por lo visto, tú sí conoces bien Hethmir IV — dijo ella con voz tensa.

- Estuve una vez allí, cuando tenía diecinueve años y muchos pájaros en la cabeza. La principal riqueza de ese planeta es la minería. Y donde hay mineros, créeme, no faltan las damas de vida alegre.

— Vaya, me dejas... desencantada...

— Lo siento. He dicho la verdad, simplemente. A cambio de esas ropas y la bisutería, Rickshane esperaba conseguir un par de toneladas de oro. El sí ganaría, y no los mineros que se han afanado durante meses enteros, en el más duro de los ambientes, para conseguir dos cientos gramos de oro o media docena de kilates de diamantes. Los tipos como Rickshane, y las chicas alegres, por supuesto, son los que verdaderamente ganan en Hethmir IV.

— Y tú fracasaste allí...

- Me di cuenta de lo que pasaba, y ahorré, privándome de todo, menos de la comida, para el pasaje de vuelta. No me arrepiento de lo que hice, porque eso me dio experiencia, y siempre se obtiene utilidad. Ahora bien, si tanto te gusta ese vestido...

- Me lo quitaré — dijo Elphyna, tras un hondo suspiro—. Sí, se ve que me falta experiencia de la vida.

- Ese defecto se cura con el paso del tiempo — rió él —. Cuando te hayas cambiado de ropa, ven; quiero hablarte.

— De acuerdo.

Elphyna regresó a la cámara de mando, diez minutos más tarde, vestida con un sencillo mono de color azul y botas de media caña. Con el índice de la mano, York señaló una de las pantallas del cuadro de mandos:

— He localizado Saturno II, y estamos a cincuenta U.A. de distancia. Tardaremos un poco en llegar, pero aún nos sobrará tiempo.

— Cincuenta U. A.. .

- Unidades astronómicas, cada una de las cuales tiene ciento cincuenta millones de kilómetros, es decir, la distancia que hay entre el Sol y la Tierra.

- En total, siete mil quinientos millones de kilómetros.

- Exacto. Ahora bien, como vamos a viajar a un tercio de la velocidad de la luz, es decir, a cien mil kilómetros por segundo, invertiremos sesenta y dos horas y media en llegar a las inmediaciones de nuestro objetivo. Por tanto, puedes relajarte y descansar, a fin de llegar en buena forma a Saturno II.

- Está bien. Si ven la nave, pensarán que es el capitán Rickshane... a menos que haya utilizado la radio subespacial de la nuestra.

- Me ocupé de inutilizarla. — York se echó a reír—. Rickshane y sus esbirros van a pasarse una temporadita de robinsones. Cuando llegues a presidente, envía a buscarlos, y expúlsalos para siempre de la Federación.

- Lo haré, puedes tenerlo por seguro — respondió Elphyna, con voz firme.

* * *

Saturno II estaba a la vista. Era un asteroide algo menor que la Luna terrestre, pero de una densidad muy superior, lo que le permitiría disponer de la gravedad suficiente que retuviese la atmósfera en torno a su esfera. Alrededor del cuerpo celeste flotaban infinidad de asteroides mucho más pequeños, algunos no mayores que la cabeza de una persona, formando un amplio anillo situado a menos de veinte mil kilómetros de distancia de la superficie. Aquel anillo había dado origen al nombre del asteroide y, ciertamente, era muy merecido.

Desde el borde del anillo, a unos treinta mil kilómetros, York observaba continuamente el planetoide, con la pantalla telescópica. Elphyna, a su lado, contenía la respiración.

66 —

— Hay ríos y mares — dijo—. Pero todo el astro es propiedad de una sola persona.

—¿Puede hacerse? —preguntó él.

— Es absolutamente legal. Saturno II estaba deshabitado, y lo compró el abuelo de Sithnanur, un hombre magnífico, que hubiera sido mil veces mejor como presidente que su nieto.

— ¿Vive aún?

- No. Murió hace un par de años. Hay quien dice que Sithanur ordenó lo eliminaran, porque se oponía a sus proyectos. El abuelo Sithanur estaba todavía muy fuerte, y su muerte pareció sospechosa a más de uno.

- Se ve que ese sujeto no tiene escrúpulos — sonrió York.

- No conoce el significado de esa palabra. Bien, ¿cuáles son tus planes?

York levantó de repente una mano. En la pantalla acababa de aparecer un conjunto de edificios, situado sobre una loma de suaves pendientes, en las inmediaciones de un lago de grandes dimensiones.

— La residencia de Sithanur, supongo — dijo.

- No hay otra en toda la redondez de Saturno II — confirmó ella.

- Bien, en tal caso, vamos a prepararnos para el asalto. La nave seguirá volando, en una órbita hiperbólica, que la alejará rumbo a, precisamente, Hethmir IV. Pero nosotros tomaremos tierra en un lugar donde no podamos ser vistos por los hombres de Sithanur.

- Nos lanzaremos en paracaídas — dijo Elphyna, burlonamente.

- No, con trajes provistos de propulsores individuales.

- Si se aleja la nave, no podremos escapar luego...

- Me llevaré un control remoto para hacerla regresar cuando convenga. De momento, lo que conviene es que crean que Rickshane se dirige a Hethmir IV. Cuando quieran darse cuenta de nuestra presencia, estaremos ya (orzando la caja fuerte de ese bandido.

- Pero... ¡si no conoces la combinación! —se asombró la muchacha.

— Abriré la caja —respondió él, con firmeza.

CAPITULO X

La casa estaba brillantemente iluminada. Situados en el borde de un bosquecillo, a unos quinientos metros de distancia, York y la muchacha contemplaban el edificio. A veces, se veía pasar a alguien por alguna de las ventanas.

— Tiene invitados — murmuró él.

— Casi siempre hay huéspedes en la residencia. Yo mismo estuve un par de veces.

— Eso no me lo habías dicho — se sorprendió él. Elphyna hizo una mueca.

— No me gusta recordar lo que estuvo a punto de pasar. Sithanur quería casarse conmigo; de este modo, eliminaba problemas, ¿comprendes?

— Y como te negaste, hubo algo más que palabras.

— Hubo un buen rodillazo, en donde te puedes figurar. Ahí acabó todo.

York rió suavemente.

— Chica valiente — dijo —. Bien, si has estado en la casa, sabrás, al menos, dónde está la caja fuerte.

- Por supuesto.
- ¿Sabes si hay alarmas?
- No. Sithanur la tiene más bien como adorno, para hacer ostentación de su fortuna y de algunas joyas. Le gusta abrirla y alardear de hombre rico, enseñando grandes fajos de billetes. Está tan seguro de sí mismo, que no cree posible que ninguno de sus huéspedes vaya a robarle.
- Puede que ahora se haya vuelto más precavido—rezongó él—. De todos modos, ya estamos aquí y no podemos volvernos atrás. Anda, empieza a quitarte la ropa.

Elphyna se sobresaltó.

- Grant, éstos no son momentos de devaneos — protestó—. En primer lugar, no te quiero, y, aunque te quisiera...
- Quítate la ropa, tonta. ¿Acaso crees que yo también tengo ganas de

divertirme en esta situación? Tuvimos mucho más tiempo en aquel planeta desconocido, ¿no crees?

Ella frunció el ceño.

- Es verdad — dijo —. Pasamos más de cuatro semanas, y ni siquiera se te ocurrió darme un beso.

- Tomaba tabletas anasexuales. Eso quita el deseo y alivia mucho la tensión. Pero no deja secuelas, afortunadamente. A los dos días de suspenderse el tratamiento, uno se comporta ya...

- Basta, no sigas —cortó Elphyna—. Pero, dime, ¿por qué he de quitarme la ropa?

- Toma, porque si no te la quitas, la verán.

- También me verán si estoy desnuda.

— Muchacha, ¿cómo crees que inutilicé a los contrabandistas que se habían quedado en la astronave de Rickshane?

Elphyna abrió la boca. Recordó. Los esbirros habían caído uno a uno, sin causa aparente. Luego, un cuarto de hora más tarde, York había descendido por la pendiente, como si hubiese aguardado hasta aquel momento.

- Eras... invisible...

- Sí, aunque tomé una dosis muy corta.

- Pero... tendremos que actuar sin armas...

- Si no te ven, ¿para qué te hacen falta las armas?

— Está bien. ¿Cuál es el procedimiento? York le entregó dos tabletas.

— Mastica ahora la primera. Yo te avisaré dentro de diez minutos, cuando debas tomar la segunda. El efecto durará entre seis y ocho horas, sin secuelas perniciosas para el organismo.

— Lo tenías todo previsto, ¿eh?

— En mi oficio, no se puede ser descuidado o vas a la ruina, porque fracasas, y ya nadie te contrata.

- ¿Qué pasa si alguien quiere contratarte para un trabajo sucio?
- Simplemente, no lo acepto. Ética profesional, ¿comprendes?

Elphyna asintió, ya con la pastilla en la boca. Cinco minutos más tarde, sus ropas cayeron al suelo.

— Grant — susurró.—. No te veo. Dame la mano... La mano de York tocó una de sus firmes y bien contorneadas caderas.

— ¡Ahí no! —protestó ella.

— Sólo trataba de orientarme — contestó el detective maliciosamente. Pero encontró la mano de Elphyna, y tiró de ella hacia la casa.

Elphyna se sentía pasmada. Aunque era un poco tarde, los invitados de Sithanur estaban todavía levantados y disfrutando de una alegre velada, en el salón principal de la lujosa residencia. Elphyna oyó brindis entusiásticos, en los que se deseaba al presidente electo toda clase de aciertos en su futura gestión. La joven no acababa de creer en lo que le sucedía. Con la mano de York sujetando la suya constantemente, atravesaron el salón, sin ser vistos, encaminándose a la majestuosa escalera que conducía a los pisos superiores.

A partir de aquel momento, fue ella la guía. Unos minutos más tarde, se detenían ante una puerta de gruesos cuarterones, con herrajes de dorados.

— Ha elegido la moda terrestre para la decoración, pero en el peor gusto — criticó York.

Hizo girar el pomo. La luz se encendió automáticamente. Volviéndose un poco, fijó el interruptor y volvió a cerrar. Entonces, Elphyna tiró del joven hacia un panel de madera, situado en el muro opuesto a la entrada.

El panel, en realidad, era una puerta que ocultaba otra de brillante meta!.

— Bien, ahí está la caja — indicó con la voz, ya que no podía hacerlo de otro modo—. Ahora sólo falta que la abras...

En aquel momento, se oyeron voces apagadas en las inmediaciones. Alguien se detuvo frente a la entrada del despacho.

York tiró inmediatamente de la mano de la muchacha.

— Será mejor que nos larguemos de aquí — dijo.

York corrió hacia otra puerta situada a la derecha de la caja fuerte, y la abrió sin perder tiempo. Elphyna se dejó llevar, sin comprender muy bien la actitud del joven. Si no les veían, pensó, ¿por qué huir?

Atravesaron la puerta, que York cerró inmediatamente. A continuación había un pequeño corredor y luego otra puerta. York abrió una rendija y miró al otro lado.

Había una habitación grande, con las ventanas herméticamente cerradas, en la que se hallaba un hombre de avanzada edad, sentado en un butacón y con una manta sobre las piernas. El anciano estaba leyendo un libro, pero levantó la vista al oír el leve ruido del picaporte.

— ¿Eres tú, maldito? — preguntó.

York se quedó estupefacto. Por su parte, Elphyna llevó una de sus manos a la boca, como si quisiera impedirse a sí misma un grito de sorpresa.

— ¿Quién diablos ha entrado? — gruñó el viejo—. ¿Por qué no me contestan?

Repentinamente, Elphyna estornudó.

Sintió frío. Ahora comprendía por qué York le había hecho abandonar el despacho de Sithnaur. La desnudez a que la obligaba su estado de invisibilidad podía causarle un ligero resfriado. Consternada, se volvió para mirar a York, pero entonces se dio cuenta de que él no podía ver su expresión de disculpa.

— Vaya — dijo el anciano—, es un hombre invisible. Ya tenía ganas de ver a uno en esas condiciones, si es que la frase se puede pronunciar. Había oído hablar de la invisibilidad de los cuerpos humanos, pero, hasta el momento, no había tenido ocasión de comprobar esos rumores. ¿Qué haces aquí, muchacho? Elphyna decidió arriesgarse.

- En realidad, somos dos, un hombre y una mujer. Yo soy Elphyna D'Akba, señor Glatus. El hombre que me acompaña es Grant York, de la Tierra.

- Glatus — repitió York—. El abuelo fallecido de Sithanur...

- El abuelo supuestamente fallecido, tallecido, y efectivamente secuestrado — rió el anciano—. Yo estorbaba al canalla de mi nieto, y decidió quitarme de en medio. No obstante, el asesinato se le hizo demasiado duro, y prefirió mantenerme oculto.

— Pero muchos vieron su cadáver... — dijo Elphyna.

— Era un muñeco. Un médico venal certificó mi «de función», por paro cardíaco .. ¡Paro cardíaco! —bufó el viejo—. Tengo el corazón de hierro, muchachos. Pero no me gustan los tratamientos. Mi nombre es Siwonur, ¿es tamos? ¿Qué diablos hacéis aquí?

Aunque sabía que Siwonur no podía verla, Elphyna se irguió:

— He venido a recobrar los títulos de propiedad de los Arrecifes de Hkanndo'n — explicó —. Su nieto me los robó, lo cual le permitió ganar las elecciones. Si los re cobro, esas elecciones serán anuladas, y yo conseguiré el puesto que me corresponde por derecho propio.

Siwonur meneó la cabeza.

- Una acción típica de mi degenerado nieto — comentó—. ¿Sabes dónde están los títulos?

- En la caja fuerte, señor. Grant la abrirá, aunque desconoce la combinación...

Sonó una alegre carcajada.

— Nada me pondrá más contento que estropear los planes de Sithanur — dijo —. Bien, evitaré un trabajo a tu acompañante, muchacha, y le daré la combinación...

— Su nieto ha podido cambiarla, señor — objetó York.

— No, sigue empleando la misma, estoy seguro de ello. ¿Qué tal tu memoria, muchacho?

- Buena, sin falsa modestia.

- Entonces, escucha con atención...

York grabó en su mente las cifras que le había facilitado el anciano. Pero al terminar, Siwonur le hizo una observación:

— Tú eres invisible. Podrás abrir la caja y recobrar los títulos, pero éstos no

serán invisibles.

- Los haré invisibles, señor.

- ¿Cómo?

York le explicó el procedimiento. Siwonur se sintió admirado.

— Nunca había oído nada semejante — declaró—. Los terrestres sois listos, indudablemente. Elphyna, ¿puedo hacerte una pregunta?

— Sí, señor — accedió la muchacha.

— Tú quieres ser presidente, y lo conseguirás, si re cobras los títulos. Pero, ¿estás segura de que es la vida que te conviene?

— ¿Qué es lo que quiere decir, Siwonur?

— Trabajo, trabajo, problemas, conflictos de todas clases, gentes que quieren esto y lo otro y lo de más allá, que presionan de todas partes, que suplican y mendigan o exigen favores imposibles, periodistas, diplomáticos, el servicio de seguridad a todas horas... Perdona la franqueza, pero ni siquiera podrás hacer pipí a so las... Y si te casas, siempre temerás que alguien te esté mirando, cuando hagas el amor con tu esposo... ¿Crees que eso es vida, chica?

— Lo pinta usted muy pesimista — se quejó ella.

- Conozco la realidad. Pero si tú quieres ser presidente, adelante. Cualquiera es bueno, con tal de que no lo sea mi nieto. Llevaría la Federación a la ruina.

- No confía demasiado en el que lleva su propia sangre, señor — dijo York.

- Estoy secuestrado, ¿no? Sithanur no respetará derechos ni leyes, y se convertirá en un dictador. La gente, un día, se sublevará; habrá motines, derramamiento de sangre... No, si puedo evitarlo, con esta escasa ayuda, lo evitaré.

Impulsivamente, Elphyna avanzó unos pasos, y tomó en las suyas una de las manos del anciano.

— Gracias, señor — dijo, cálidamente. Siwonur sonrió.

— Me gustaría verte... vestida, claro.

— Me verá cuando sea presidente, poique entonces ordenaré que lo liberen — declaró ella, con firmeza —. Grant, ¿quieres ver si el despacho está libre?

— Sí, señora — contestó el joven, muy serio.

York abandonó la estancia, y regresó a los pocos instantes.

— No hay peligro — anunció.

Elphyna volvió a estrechar la mano de Siwonur.

— Volveremos a vernos... en el sentido literal de la frase — dijo.

— Suerte, chicos — les deseó el anciano. Conociendo la clave, abrir la caja fue un juego de niños para York. Cinco minutos más tarde, tenía en las manos un rollo de papeles, sujetos por una cinta roja, de la que pendía un grueso sello de lacre.

— Esos son los títulos — afirmó Elphyna —. Pero, ¿cómo los sacaremos de la casa, sin que los vean?

York miró a derecha e izquierda. De pronto, hizo un gesto con la mano en que tenía el rollo de papeles.

— Ven — dijo.

Ella le siguió hasta un cuarto de baño contiguo al despacho. York llenó de agua el lavabo en sus tres cuartas partes, y luego tomó un vaso, en el que puso un tercio de agua. Tomó un buche y se lavó la boca bien, arrojando el agua después al lavabo.

— Ahora tú—indicó a la muchacha—. Procura segregar mucha saliva, y mézclala luego con el agua que te quepa en la boca. Después, arrójala al lavabo.

Elphyna comprendió lo que se requería de ella, y lo realizó con exactitud. Cuando devolvió el agua de su boca al lavabo, York tenía ya sumergidos los documentos.

Transcurrieron algunos minutos. Los papeles se volvieron invisibles, aunque el lacre continuó en su estado normal.

— ¿Por qué sigue viéndose el lacre? — preguntó ella.

— Debe de estar hecho con cera artificial. Los pape les fueron fabricados con celulosa procedente de la madera, y la cinta es de algodón, sustancias ambas

procedentes de vegetales y, por tanto, con composición orgánica y no mineral — explico York —. La droga de la invisibilidad no actúa sobre las sustancias minerales.

— ¿Se habrá borrado la tinta de las declaraciones? Aunque no se veía lo que hacía, York sacudió los

títulos para escurrirles el agua, secándolos luego con una toalla. Quedaron húmedos, pero estaban completamente invisibles.

— Quedará lo suficiente para que se puedan leer las inscripciones del registro — contestó él —. Anda, vámonos.

— Dame la mano, no te veo — pidió Elphyna.

Inmediatamente, echaron a andar en busca de la salida. Salieron de! despacho y descendieron por la escalera. El salón se hallaba ya vacío; era indudable que tanto el anfitrión como los invitados su habían retirado a descansar.

Elphyna pensó que ya habían realizado lo más difícil. Ahora regresarían a la capital y, con los títulos en su poder, impugnaría el resultado de las elecciones. La falsedad de Sithanur quedaría al descubierto, y su carrera política quedaría arruinada, sobre todo, cuando se hiciese público que tenía secuestrado a su abuelo.

Pero, de súbito, aquellas victoriosas reflexiones fueron interrumpidas por algo que cayó sobre su cuerpo.

Junto a ella, York lanzó una gruesa interjección. Elphyna se sintió cubierta de pies a cabeza por una sustancia fluida, pegajosa, que en pocos segundos se solidificó casi por completo, impidiéndole moverse con libertad. Al volver la cabeza, se dio cuenta de que aquella pasta moldeaba por completo el cuerpo de su acompañante.

Bajó la cabeza y vio la silueta de su cuerpo. Un. gemido se escapó de sus labios, al mismo tiempo que se oía una burlona carcajada.

— Bien, por fin he echado el guante al famoso detective estelar Grant York y a su hermosa acompañante. ¿Qué tal. Elphyna D'Akba? —dijo Sithanur.

York hizo un esfuerzo por recobrar su libertad de movimientos, pero resultó inútil. Sithanur, que lo advirtió, dijo:

— No se moleste, amigo; esa goma tardará todavía bastante rato en disolverse, a menos que yo emplee una sustancia especial, cosa que, como puede comprender, no voy a hacer, por el momento.

York vio a Yinat detrás de Sithanur, y a otros dos sujetos, todos armados con pistolas energéticas. La resistencia, por tanto, era imposible.

Sithanur avanzó unos pasos y arrancó de la mano del joven el rollo de papeles. Luego se los entregó a Yinat:

— Quémalos — ordenó —. Ahora mismo; nunca debí haberlos guardado en mi caja fuerte.

— Sí, señor — contestó el esbirro.

Elphyna lanzó un gemido. Sithanur se echó a reír, mientras se sentaba en un butacón y cruzaba las piernas. Un poco más allá, Yinat arrojaba los documentos al hogar de una enorme chimenea.

— Bien — dijo Sithanur—, y ahora, hablemos un poco. Va a resultar una conversación muy interesante, pueden estar seguros de ello.

Yinat se había marchado de la habitación. York quiso saber una cosa.

— ¿Cómo nos ha localizado? — preguntó.

— Cuando entré en mi despacho, la luz estaba ya encendida. Eso me hizo sospechar de la presencia de alguien ajeno a la casa. Yo también tengo mis propios sistemas de detección, y pude encontrar señales de pasos. ¡Grotan!

— Sí, señor — contestó uno de los esbirros.

Tenía en la mano una linterna de grandes dimensiones, y enfocó su haz de luz hacia la escalera. Las huellas de las pisadas de la pareja se hicieron visibles en el acto.

— Esa linterna emite una luz especial, que permite ver el sudor dejado por las plantas de los pies — explicó Sithanur rápidamente—. Puesto que no había visto a nadie, pensé en la posibilidad de alguien que se hubiera vuelto invisible momentáneamente. Y acerté, claro está.

— Le felicito — dijo York, gravemente—. Y ahora, ¿puedo preguntarle qué va a hacer con nosotros?

— Antes por favor, dígame una cosa, detective. ¿Sí?

— Usted empleó un doble para que tomase su puesto mientras llegaba en la nave del capitán Rickshane. ¿Dónde está el cadáver?

— Ah, reconoce que lo asesinó.

- Sólo reconozco saber que murió. Pero, en cambio, ignoro cómo hizo desaparecer el cadáver. Y eso no es cosa fácil.

- No, si se desconoce el procedimiento. Lo puse en la bañera llena de agua, desnudo, claro, y luego arrojé algunas pastillas de ácido, muy concentrado. Cuando terminó el proceso de disolución, quité el tapón...

- Ingenioso — alabó Sithanur —. Pero un hombre como usted, que actúa bajo un código ético que no puede violar, ¿no siente remordimientos al haber enviado a la muerte a un semejante que no tenía la culpa de estos conflictos?

- Además de ladrón, era un asesino. Yo le di una oportunidad. No tuvo suerte, eso es todo. Y estaba advertido de que podía correr graves riesgos.

- Bien, bien, eso no tiene ahora la menor importancia. Lo realmente importante es que ambos están en mi poder y que, antes de pocas semanas, seré proclamado presidente, de forma oficial.

- Naturalmente, piensa eliminarnos, a fin de evitar testigos molestos — dijo York.

- Es usted muy listo, detective, y admito que me ha creado infinidad de problemas. El capitán Rickshane me habló de usted y de los apuros que le hizo pasar con las drogas. No, no puedo permitir que siga molestándome... aunque, como hizo usted con su doble, le voy a conceder una oportunidad de salvar el pellejo.

- Nos dejará libres para que podamos correr delante de una jauría de mastines — supuso York.

— Nada de eso. Haré que...

Yinat, impasible, entró en aquel momento, con un frasco en la mano. Contenía alcohol, y arrojó unos buenos chorros sobre los documentos. Luego prendió un fósforo y lo dejó caer sobre los papeles empapados de combustible, que empezaron a arder de inmediato.

— Adiós ilusiones, Elphyna — dijo Sithanur, burlona mente.

Ella apretó los labios, pero guardó silencio. York alzó la voz:

- Y bien, ¿cuál es la oportunidad?
- El Túnel Bramador — contestó Sithanur.

CAPITULO XII

Hubo un instante de silencio, roto casi en el acto por un grito de la muchacha:

— ¡Eso no es una oportunidad, es una condena a muerte!

York frunció el ceño, bajo la capa de goma que le impedía moverse casi absolutamente.

- ¿Qué diablos es eso del túnel Bramador? — inquirió.

- A unos ochocientos kilómetros de aquí, hay una cordillera, que separa la zona cálida de la más fría. Durante cientos de miles de siglos, los vientos provocados por las diferencias de temperaturas, han horadado la montaña y construido un túnel, que tiene unos veintitantos kilómetros de longitud. Los vientos corren libremente en su interior y, si en la boca de acceso su velocidad es moderada, al llegar a la de salida, alcanzan ya velocidades de cientos de kilómetros por hora. El túnel es amplio, naturalmente, pero nadie se ha ocupado de alisar sus paredes — respondió Sithanur divertidamente.

— De todos modos es imposible sobrevivir a los electos de un viento que sopla a tantos kilómetros por hora — dijo York.

Sithanur hizo un gesto ambiguo.

- Entrarán vivos en el túnel, es todo lo que puedo decirles — contestó, displicentemente.

- Un día le acusarán de este crimen — exclamó la muchacha con acento vehemente.

— ¿Y quién lo sabrá?

— No confíe demasiado en la lealtad de sus esbirros. Pueden traicionarle más adelante — avisó York.

- No lo harán, pierda cuidado. ¿Yinat?

- ¿Señor? — contestó el aludido.

— Enciérralos en el sótano. Déjales un mono a cada uno, para que se lo pongan cuando la goma se haya di suelto por sí sola, y recobren el estado de visibilidad normal. Déjales también un cántaro de agua y un pan. Hasta mañana por la noche, en que mis invitados se habrán marchado ya, no iremos

a la cordillera donde se encuentra el Túnel Bramador.

— Sí, señor.

Unos minutos más tarde, York y la muchacha, que habían sido llevados en volandas por los secuaces de Sithanur, se encontraban en un sótano, desprovisto de ventanas y con una puerta que resultaba imposible forzar con las manos. Desesperadamente, Elphyna se volvió hacia York.

- Grant, tú eres hombre de muchos recursos. ¿No encuentras la manera de salir de aquí? ¿No llevas siquiera un trozo de alambre bajo la piel, para abrir esta puerta?

- No. Cuando se toma la droga de la invisibilidad, es preciso eliminar del cuerpo lodo objeto de metal.

- Menos mal que no tengo un diente de oro — suspiró ella.

- Estamos en las mismas condiciones, pero, por fortuna, aún vivos. Hablando francamente, pensé que Sithanur nos iba a matar en el acto.

— Entonces, esperas salir con vida.

— Sithanur nos ha dado una oportunidad, y pienso aprovecharla—fue la escueta respuesta del detective es telar.

Una hora más tarde, Elphyna sintió que se desprendía de su cuerpo la capa de goma paralizante. Cuando notó que su piel quedaba limpia, se puso el mono.

— No quieres que te vea desnuda, ¿eh? — rió York.

— No me haría ninguna gracia — contestó ella, desabridamente.

York se puso también el mono. Aún serían invisibles durante tres o cuatro horas más, y el sótano era frío y húmedo. Para conservar las fuerzas, comió unos trozos de pan, que ayudó a pasar con algunos sorbos de agua. Al terminar, se sentó en el suelo, apoyó la cabeza en la pared, y se quedó dormido.

Hacia el mediodía, despertó. Miró a su alrededor. Elphyna había acabado por quedarse dormida, y yacía en el suelo, con la cabeza apoyada en uno de sus brazos. No quiso molestar a la muchacha, sabiendo que deberían enfrentarse a momentos muy amargos. Bebió un poco de agua, y empezó a pensar en la forma en que podrían salir vivos de un túnel donde los vientos soplaban a tres o cuatrocientos kilómetros por hora, y cuyas paredes tenían numerosas

rugosidades que destrozarían sus cuerpos sin remisión.

De repente, cuando menos lo esperaba, oyó una voz que procedía de las alturas.

— Eh, chicos...

York levantó la cabeza. Su sorpresa fue enorme al ver en un hueco cuadrado, situado en el techo, el arrugado rostro de Siwonur.

- Por todos los diablos — gruñó, a la vez que se ponía en pie de un salto.

- Me he enterado de que el traidor de mi nieto quiere enviaros al túnel — dijo el anciano.

- Así es. Parece que se trata de un lugar peligroso, señor.

Siwonur soltó una risita.

— Lo es, cuando no se conoce — dijo —. Yo puedo enseñarte el procedimiento para atravesarlo y salir vivo al otro lado.

— ¿Qué? ¿Está seguro?

— Cuando era chico, iba allí con mis amigos. Nos divertíamos mucho con las cometas que nosotros mismos habíamos construido. Era realmente algo muy excitante, aunque más de uno se partió la cabeza, claro. Pero si se tiene un poco de cuidado...

— Cuidado, se puede tener, pero, sin cometas...

Siwonur volvió a reír.

— Escucha un momento — dijo.

El anciano habló durante algunos minutos. Al terminar, York le hizo una pregunta:

— ¿Por qué quiere ayudarnos?

- Lo último que me gustaría es ver a mi nieto convertido en presidente. Será una catástrofe para la Federación— respondió Siwonur. Y añadió —: Me gustaría echaros una cuerda, pero, aparte de que no la tengo, hay demasiados vigilantes en las inmediaciones.

- Comprendo. De todos modos, señor, muchas gracias. Pero debe saber que su nieto quemó los títulos de propiedad.

- Cuando estéis libres, buscad a Rophonn D'Uhr, en la capital. El solucionará ese. problema. Y ahora, adiós; no quiero que sepan que he podido salir de mí habitación.

- Si salimos vivos del túnel, volveremos para libertarle — prometió el joven.

La boca del túnel se abría al pie de un imponente farallón rocoso. Era como la entrada a un pozo más o menos horizontal, de bordes irregulares y de unos treinta y cinco o cuarenta metros de diámetro. Sujetos por cuatro de los esbirros de Sithanur, York y la muchacha permanecían a poca distancia del túnel.

Soplaba un viento bastante fuerte, pero que no les impedía permanecer de pie. Antes de entrar en la nave que les había transportado hasta la cordillera, Sithanur les había ofrecido un opíparo banquete.

— Quiero que conserven sus fuerzas físicas, lo van a necesitar — les había dicho, al sentarles a la mesa.

York sabía también los motivos del retraso en la prueba: había sido preciso aguardar a que los invitados de Sithanur abandonasen su residencia. Ahora estaban ellos solos, con el presidente electo, Yinat y un reducido grupo de sus más líeles secuaces.

— Bueno — dijo Sithanur, de pronto —, la entrada está ahí. Cuanto más lo demoren, tanto más tardarán en salir por el otro lado.

— Vivos o muertos.

— Pero saldrán—exclamó el sujeto burlonamente—. ¡Adelante!

York agarró la mano de la muchacha, y empezó a caminar. Subió una corta pendiente, llena de pedruscos, procedentes de los derrumbamientos, y se detuvieron un instante ante el umbral de aquella boca que parecía la mismísima entrada del infierno.

Se oían algunos silbidos del viento, de tonos tétricos. York inspiró con fuerza y tiró nuevamente de la muchacha.

— Vamos — dijo.

La boca del túnel quedó tras ellos. Ya notaban la presión del viento en sus espaldas. Más adelante, se haría insoportable.

York caminó, contando en silencio los pasos. Una vez, Elphyna tropezó y estuvo a punto de caer, peto él la sostuvo con firmeza. El sonido del viento se hacía cada vez más intenso. Ahora ya sentían la presión de la corriente de aire en sus espaldas. En aquel punto, calculó York, el viento se movía a unos cincuenta o sesenta kilómetros por hora.

A los mil quinientos pasos, encontró un gran saliente rocoso, al otro lado del cual se protegieron de lo que ya era un furioso vendaval. York encontró allí la cometa.

Estaba construida de un material indestructible, desmontada, pero tan nueva como el día en que fue llevada a aquel lugar. Sólo había una, y tendrían que utilizarla los dos.

Sus ojos ya se habían acostumbrado a la casi total oscuridad que reinaba en aquel punto, a unos mil doscientos metros de la entrada. York armó rápidamente la cometa, de una forma especial, y con unos extraños muelles espirales en los bordes de su estructura. Había también unas correas para sujetarse el cuerpo al centro del armazón. Tras algunos segundos de indecisión, se quitó su mono y lo rasgó en tiras.

— Lo siento, nena, pero no me queda otro remedio — dijo. .

Ya se había sujetado los arneses. Con las tiras de tela, ató la cintura de la muchacha a su cuerpo. Otra segunda tira sirvió para sujetarla por los hombros. De otro modo, se corría el riesgo de que ella se soltase durante el viaje, debido a algún súbito bandazo, y él necesitaba tener las manos libres para gobernar el artefacto.

Al terminar, la miró, con los ojos separados por menos de un palmo.

— ¿Lista?

Elphyna estaba muy pálida, pero asintió.

— Cuando quieras.

A pequeños pasitos, fueron abandonando el protector saliente. De pronto, una furiosa ráfaga los elevó en el aire.

Elphyna chilló. La cometa subió a lo alto y rebotó en el techo, mediante el muelle superior. Luego giró completamente sobre sí misma. York se esforzó

desesperadamente por recobrar el gobierno. Cuando cayeron, otro muelle les hizo subir unos cuantos metros.

Casi de repente, York se encontró que había conseguido dominar el singular artilugio. Los técnicos de Mikomir hacían buenos trabajos, se dijo; a pesar de los años transcurridos, los diminutos radares, instalados en los extremos, accionaban los mandos cuando había riesgo de colisión con las paredes del túnel.

Estaban envueltos ya en una oscuridad absoluta. El viento rugía atronadoramente en sus oídos. York se admiró del valor de aquellos muchachos que, cien años antes, habían sido capaces de afrontar aquel lugar infernal, sólo por divertirse. El no lo hubiera hecho por todo el oro del mundo, se dijo... aunque su vida era más preciosa que el mayor de los tesoros.

El viento les arrastró como hoja seca, envueltos en un fragor que ensordecía. York se dio cuenta de la gradual aceleración del artilugio. Sujeta fuertemente a su cuerpo, Elphyna callaba, reteniendo el aliento hasta que no tenía otro remedio que respirar.

Perdieron la noción del tiempo, envueltos en aquel bramador vendaval. Y, de súbito, inesperadamente, un gigantesco chorro de aire les lanzó a la luz.

La cometa, impulsada por el viento ascendió ahora a varios centenares de metros de altura. Luego cuando la corriente perdió fuerza, empezó a descender. Diez minutos más tarde, tomaban tierra en un llano, en el que se veían algunas manchas blancas.

York no perdió el tiempo y desató inmediatamente a la muchacha. Se soltó los arneses y rasgó parte del tejido de la cometa, con el que se hizo un taparrabos, que sujetó con una tira de tela de su mono.

— Ahora, a correr — dijo.

— Me parece mentira estar viva — exclamó Elphyna, todavía con el ruido del viento en los oídos.

- A Sithanur se lo parecerá también — contestó él.

- ¿Nos habrán visto salir?

York levantó la vista al cielo, gris en aquellos parajes, cubierto por una espesa capa de nubes, de la que caían algunos copos blancos.

- Es demasiado fanfarrón. Nos ha dado por muertos — contestó —.

Además, no hay quien permanezca en las inmediaciones del túnel. Quizá busquen nuestros cuerpos a uno o dos kilómetros de la salida, pero hemos recorrido una distancia muy superior. No es lo mismo ser arrastrados por el huracán, con las manos limpias, que viajando en una cometa. De todos modos, no estará de más que tomemos precauciones.

- Grant, quiero hacerte una observación — dijo ella —. ¿Sabes que hay más de ochocientos kilómetros hasta la residencia de Sithanur? Aunque caminásemos a razón de cincuenta al día, nos costaría más de dos semanas...

- Bien, de acuerdo, pero el caso es que no vamos allí, sino en busca de la «Galaxy Stream». Y, si mis cálculos no están errados, la nave está sólo a unos trescientos kilómetros.

— Está en el espacio—rectificó Elphyna.

— Está a trescientos kilómetros... en la vertical del lugar donde dejé el aparato de control remoto que la hará aterrizar en Saturno II—aseguró él, con firmeza.

- Tienes respuesta para todo, Grant.

- Porque procuro cubrir todas las eventualidades.

- Menos las del Túnel Bramador.

Calculé que Sithanur podía ponernos en una difícil situación e, incluso, hacernos prisioneros, pero también calculé que podríamos escapar. ¿Lo entiendes ahora? Ella suspiró.

— Eres único — murmuró.

— Lo mismo dice mi mamá — contestó él, alegre mente.

— Pero, sin comida...

— Comeremos raíces, bayas, hierbas... cualquier cosa que encontremos por el camino. Pero sobreviviremos y acabaremos por darle un disgusto a Sithanur.

— Sin documentos — se lamentó ella.

— Peor sería estar muertos. Y, no lo olvides, el abuelo Siwonur está de nuestra parte — dijo York, satisfecho.

CAPITULO XIII

En mitad de la noche, llamaron a la puerta. Los sufrimientos y penalidades de una semana caminando sin nada más que lo puesto, alimentándose como bestias de hierbas y raices, habían quedado atrás. En la «Galaxy Stream» habían encontrado de todo, y la bien provista despensa de la nave les había permitido recuperar las fuerzas en pocos días.

Un hombre se asomó a la ventana del primer piso.

- Largo — dijo hostilmente—. Mi despacho está cerrado, y ya no compro ni vendo nada...

- Quizá quiera comprar unos saludos del viejo Siwonur Glatus — manifestó York.

- ¡Siwonur! —resopló el individuo—. Está bien, ahora mismo bajo.

Rophonn D'Uhr contempló a sus inesperados visitantes con mirada penetrante.

- Me siento estupefacto — declaró—. Dijeron que Siwonur había fallecido de un ataque cardíaco, pero no lo creí jamás. Lo que sucede es que no tenía medios de llegar a Saturno II...

- Nosotros hemos estado allí, y hemos hablado con él. Sithanur lo tiene secuestrado.

D'Uhr volvió los ojos hacia la muchacha.

- Y también se ha esparcido el rumor de que estás muerta — añadió.

- Eso debe ser cosa de Sithanur, ¿no cree? — dijo Elphyna.

D'Uhr asintió. Era un hombrecillo menudo, calvo, de nariz aguileña y ojos ratoniles.

— El viejo Siwonur y yo hemos hecho más de un negocio, en los buenos tiempos — declaró—. Nos debemos favores mutuamente, desde que éramos unos muchachos.

— Y atravesaban el Túnel Bramador—rió York.

— El, sí; yo nunca me atreví. No era un chico con demasiadas tuerzas.

— Pero es muy astuto — terció la chica. D'Uhr soltó una risita.

— No soy tonto — contestó —. Compro y vendo de todo...

— ¿También conciencias?

— Según — respondió el sujeto evasivamente —. Bien, ¿cuál es vuestro problema?

—Unos títulos de propiedad, quemados por Sithanur —dijo York.

D'Uhr hizo un gesto de asentimiento. Durante unos segundos, se paseó por la estancia en donde había recibido a sus inesperados visitantes. Luego, de pronto, dijo:

— El dieciocho de octubre se hará la proclamación solemne, en presencia de lodos los jefes de Estado planetarios. No quedan ya muchos días, pero haré todos los posibles para desenmascarar a ese bandido.

— ¿Cuál es tu plan, Rophonn?—inquirió York. D'Uhr fue a una alacena, y sacó una botella y tres copas.

— Necesito todos los detalles posibles del estado en 'que se encontraban los títulos de propiedad en el momento en que Yinat les pegó fuego — contestó, a la vez que empezaba a llenar las copas de vino.

* * *

La gran sala semicircular, con una cúpula de más de cien metros de altura y trescientos de diámetro, estaba a rebosar, de gente. Cientos y cientos de jefes de Estado planetarios se agolpaban en los escaños, dispuestos para presenciar la ceremonia de proclamación de Sithanur como presidente de la Federación, durante un período de

diez años. Muchos, sin embargo, pensaban que, en aquel plazo, Sithanur haría modificar las leyes, para que el cargo fuese vitalicio. Ahora tenía cuarenta y cinco años, lo que le daba una esperanza de vida de cien años más. Los murmullos sonaban por todas partes. De pronto, un ujier anunció:

— Señoras y señores, atención, por favor. El Honorable Sithanur Glatus va a prestar juramento, ante el Tribunal Supremo de la Federación.

Las voces se acallaron. Setecientas personas de ambos sexos se pusieron en pie. Solemnes, hieráticos, ataviados con sus togas rojas, los componentes del Tribunal Supremo hicieron su aparición en el estrado presidencial. Sithanur, seguido de sus ayudantes, a la cabeza de los cuales figuraba Yinat, se hizo visible, segundos después.

El presidente del Tribunal inició su discurso:

- Señoras, señores, amigos todos. En el día de hoy, va a empezar su período presidencial un hombre que...

- ¡Que es un traidor! —estalló, de pronto, la fresca voz de Elphyna—. Un falsario, un asesino y un secuestrador de personas de su propia familia. Impugno la elección, basándome en que ese despreciable sujeto no pudo conseguir, en modo alguno, los votos de los Arrecifes de Hkanndo'n. Y si los consiguió, que presente las pruebas.

Un eran barullo se organizó en el acto. Insensible a las exclamaciones que brotaban por todas partes, Elphyna avanzó a lo largo del pasillo central, con un rollo de papeles en las manos.

— Aquí están los títulos — proclamó a voz en cuello—. Estos documentos prueban que yo obtuve un número superior de votos al conseguido por Sithanur Glatus. Por tanto, exijo se me declare presidente de la federación.

El presidente del tribunal se desconcertó. Junto a él, Sithanur hervía de rabia, con la cara roja como una guinda.

— Elphyna — dijo el juez—, esto es irregular.

— Irregulares son todas las acciones realizadas por ese despreciable sujeto, al que pretendéis declarar vuestro presidente. Si los títulos legales no sirven para nada, si los documentos son considerados como papel mojado, entonces, que sea él presidente. Pero al proclamarlo como tal, ignoráis la voluntad popular, que me votó mayoritariamente, y el pueblo, un día, podrá acusaros de traición a las leyes. Ahora, haced lo que queráis, pero lodo el mundo está enterado ya de la verdadera situación. Elphyna terminó su corto pero apasionado discurso, y giró en redondo, en medio, de un profundo silencio. Caminó una docena de 'pasos y, de súbito, estalló un atronador griterío. Por encima de todas las voces de aplauso, se oía la de Maddagh, el jefe de los idubianos:

— ¡Elphyna es nuestro presidente!—aullaba—. No queremos un presidente felón. ¡Abajo Sithanur! ¡Viva Elphyna!

En cuestión de segundos, la situación había dado un vuelco completo. Elphyna, agradablemente sorprendida, se volvió de nuevo y sonrió, mientras las aclamaciones sonaban ensordecedoramente a su alrededor.

El rostro de Sithanur, de rojo, se había vuelto blanco. Repentinamente, sin pronunciar media palabra, giró en redondo y se precipitó en busca de la salida.

Yinat le seguía. Era el único que permanecía a su lado, comprobó amargamente, mientras el ascensor les conducía hasta la planta baja.

- Me retiraré una temporada — dijo—. Pero un día volveremos... y esa zorra será la primera en pagar esta derrota.

- Volveremos juntos, jefe — convino Yinat, cuyas esperanzas de llegar a ser jefe de Seguridad de la Federación se habían disipado, minutos antes.

El ascensor se detuvo, y las puertas se abrieron. Sithanur dio un par de pasos, pero se detuvo en el acto a! ver a York, junto con varios individuos de uniforme.

— Señor Glatus— dijo el joven tranquilamente—, por si no !o conoce, le presentaré al coronel Eklor, de la Policía Federal. El coronel va a tener el gusto de arrestarle, acusado de secuestro en la persona de Siwonur Glatus. El propio secuestrado ha firmado la denuncia, de modo que no hay duda alguna sobre su culpabilidad en el caso.

Sithanur abrió la boca, lívido como un difunto. No tenía fuerzas siquiera para hablar. York añadió:

— El hombre que le acompaña ha sido su cómplice, y también será arrestado. Coronel, cumpla con su deber.

El joven se retiró a un lado. Súbitamente, se oyó un rugido atroz.

Yinat había enloquecido de furia. Sabía que su castigo sería mucho mayor que. el de Sithanur. Su jefe tenía amistades, influencias... Lograría salir con bien del asunto, haciendo recaer sobre él la mayor parte de las culpas.

Tenía que escapar, fuese como fuese. Si se dejaba arrestar...

Bajo los ropajes, llevaba una pistola energética. Metió la mano. El arma empezó a salir.

Sonaron gritos de alarma. El coronel Eklor era hombre acostumbrado a las situaciones difíciles. También estaba armado, y disparó primero.

Yinat lanzó un chillido de agonía, y se contorsionó epilépticamente, con los nervios corroídos por la descarga. Giró a un lado, y su índice se curvó espasmódicamente sobre el gatillo. Su pistola se disparó hacia la derecha.

Sithanur estaba a un paso de distancia. La descarga le hizo dar un salto

tremendo. Cuando cayó, sus rodillas empezaron a doblarse, mientras su cuerpo se agitaba, con terribles convulsiones.

Momentos después, los dos hombres yacían inmóviles, sobre el suelo. Eklor meneó la cabeza.

— Tal vez haya sido ésta la mejor solución—murmuró.

York asintió.

— No cabe duda que se han resuelto muchos problemas— convino.

* * *

92 —

Ataviada con un lujoso vestido de seda dorada, con el gran sello de su cargo descansando entre los senos firmes y jóvenes, Elphyna recibió al detective, días más tarde.

— Tengo que darte algo, Grant — manifestó la joven. York hizo una profunda reverencia. La mujer que estaba frente a él no era la muchacha que le había acompañado en sus aventuras, sino el presidente de una Federación que englobaba más de quinientos mundos habitados.

— Señora, me siento muy feliz de verla en su verdadero puesto — manifestó.

Elphyna sonrió, mientras pasaba algo por el cuello del visitante.

- Te impongo el Gran Collar de los Cien Mil Soles de Mikomir — anunció—. He llegado a conocerte un poco, y creo que esta ceremonia, a solas, te agradará más que realizada ante un público muy numeroso.

- La importante es que su Excelencia llegase adonde está. Gracias por el honor, Excelencia.

Ella le guiñó un ojo.

- Rophonn D'Uhr hizo un buen trabajo con los documentos — dijo.

- A un tramposo, otro tramposo mayor — contestó él —. Pero aunque los títulos actuales sean falsos, fueron auténticos, y eso es lo que importa.

- Sí — suspiró Elphyna—. Te marcharás ahora, supongo.

York asintió.

- Mi misión ha terminado, Excelencia — dijo, a la vez que doblaba la rodilla, en una impecable reverencia cortesana.

- Nunca te olvidaré. Grant. Siempre estarás en mi memoria, como el mejor de los amigos — murmuró Elphyna melancólicamente.

* * *

- Creí que acabarías casándote con mi meta — dijo Aghoura D'Akba, con la taza en una mano y el platillo en la otra.

- Estuve a punto de pedirle su mano, pero desseché la idea — contestó York, después de tomar unos sorbos de té.

Aghoura y el joven se hallaban en el jardín de la residencia de la anciana. York había creído oportuno acudir a presentar sus respetos a la dama, aparte de que debía solucionar un problema todavía pendiente.

— ¿Por qué? — preguntó Aghoura. York encendió un cigarrillo.

— Cuando era un muchacho — respondió segundos después —, una vidente me profetizó que un día con quistaría mil mundos. Podría haberlo conseguido, casándome con Elphyna. La profecía, indudablemente, se hubiera hecho realidad, ¿no le parece?

— Y no te gusta que nadie vaticine tu porvenir.

— No es eso solamente, señora. Es que... si ya una casa da mucho trabajo, imagínese el que darán los quinientos o seiscientos mundos de la Federación.

Aghoura se echó a reír.

— No quieres preocupaciones, ¿eh?

— Tengo bastante con las que me da el oficio — declaró York —. Ahora, usted me va a pagar cinco millones, lo que me permitirá tomarme unas largas vacaciones. Es muy probable que buena parte de esas vacaciones las pase en Idub II. Es un mundo muy agradable, pacífico, donde se vive sin prisas, sin complicaciones...

— Y sobre todo, donde hay mujeres muy hermosas. York pensó, por un instante, en Neria B'Othus. La

joven habría encontrado ya su pareja. También él acabaría encontrando alguna hermosa nativa, que endulzaría su estancia y le haría olvidar a Elphyna.

— Sí, eso dicen — contestó.

Apagó el cigarrillo y se puso en pie.

— He tenido un gran placer en conocerla, señora

— añadió, a la vez que se inclinaba para besar la mano de la anciana

— Algo de eso deberías decirle a mi nieta, Grant

— respondió Aghoura.

- No la veré más...

- Vuélvete — ordenó ella.

York giró en redondo, Elphyna estaba a pocos pasos de distancia, ataviada con un sencillo vestido de color amarillo claro.

— Hola — dijo la muchacha.

- Excelencia — murmuró York, a la vez que se inclinaba respetuosamente.

- Ese título ya no me corresponde. He dejado escrita mi dimisión.

— ¡Elphyna! —exclamó la anciana.

— Así es, abuela. En estos pocos días, he podido dar me cuenta de la enorme responsabilidad que comporta el cargo. Sé que no podría afrontarlo con éxito, y prefiero dejarlo antes de que sea demasiado tarde.

— Pero... habrá que nombrar nuevo presidente...

- Hay un vicepresidente, no te preocupes, abuela. Grant, ¿adónde piensas marcharte?

- Bueno, tenía planeado un viaje de vacaciones a Idub II...

- ¡Idub II!—resopló ella—. Allí las mujeres van casi completamente desnudas...

- Sí, pero como todas llevan el mismo «vestido», nadie se ofende —

contestó York maliciosamente.

Elphyna hizo un fruncimiento de cejas.

— Bueno, siendo así, creo que yo también tendré que acostumbrarme a llevar la indumentaria idubiana. Pero no viviremos allí siempre; sólo durante la luna de miel. ¿Te parece bien?

York se volvió hacia la anciana. . —¿Alguna objeción, señora? — consultó.

— Mi bendición... con mucha envidia — suspiró Aghoura.

FIN